

LOS ARTIFICIALES

JOHNNY GARLAND

JOHNNY GARLAND

LOS ARTIFICIALES

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Chorroarin 1440, bis
BARCELONA BUENOS AIRES

Núm. De Registro: 2471- 1963

Depósito legal B. 15867 – 1963

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. – Arnaldo de Oms, 51- 53, BARCELONA

PÓRTICO

«Se hacen muchas cábalas sobre el futuro de la humanidad. Se juega con la imaginación, buscando una versión anticipada de lo que puede ser, no ya el mundo, sino el universo futuro.

Esto es un juego más. Es la imaginación, puesta a discurrir sobre una aventura y unos personajes que aún están por venir. Es un relato más de «anticipación». En apariencia, al lector podrá, parecerle que es otra fantástica historia sobre invasiones planetarias.

Pero hay veces en que las cosas no son lo que parecen. Eso le sucedió al personaje de este relato. Eso mismo, lector, puede sucederle a usted, cuando penetre en la aventura de Atlas Konrad y «Los Artificiales»...

PRÓLOGO

«Carta de casa», hubieran dicho en cualquier época anterior. En 1963, por ejemplo.

Pero ahora, no era 1963. Ni siquiera era el año 2000. Todo eso quedaba atrás, muy atrás en el tiempo.

Acababa de iniciarse el año 2355 de la Era Cristiana. El siglo XXIV, exactamente en su segunda mitad.

Y, entonces, ya no se podía decir «carta de casa». Hubiera sido tan anacrónico como hablar de caballos y armaduras, en la era de los automóviles. Quizá más.

Atlas Konrad no pudo decir, pues, que era «carta de casa». Pero lo pensó, en términos muy parecidos, porque puede cambiar la técnica, pero jamás el valor intrínseco de las cosas, sea cual sea su procedimiento de envío y recepción.

Así, cuando el pequeño vítreo llegó a su poder, por medio del tubo de reparto electrónico de Alfa Dos, saltando alegremente con un tintineo argentino, sobre la plataforma de recepción, Atlas supo que tenía, noticias del hogar.

Dejó de sorber perezosamente su zumo de frutas venusinas, dejó el alto vaso repleto de líquido frío, ambarino y espumoso, para incorporarse y caminar con paso lento hacia el receptáculo de correspondencia fonética.

Tomó el pequeño disco y lo contempló pensativamente. Enarcó sus cejas platinadas, con aire confuso. No esperaba noticias. Pero aquella misiva sonora solamente podía llegar del planeta Tierra. Momentos antes tenía su llegada a Alfa Dos la supernave regular, procedente del cosmódromo de Centroeuropa-Ciudad.

Con el círculo plástico, se encaminó a la plancha reproductora, donde introdujo la pieza entre sus dos placas de vidrio. En el acto funcionó el sistema automático de reproducción. Giró el disco y brotó el sonido por sus

rendijas amplificadoras:

«Saludos, Atlas», recitó la voz grabada. «Hace tiempo que no tenemos contacto personal. Júpiter está lejos, y la Colonia Terrestre Alfa Dos no es el lugar apropiado para nosotros. Los médicos dicen que, a nuestra edad, no es conveniente un cambio radical de clima, como el de la Tierra a Júpiter, ni la necesidad de respirar oxígeno artificial, todo lo puro que se quiera, pero siempre creado por máquinas, que no es como recibirlo directamente de la Naturaleza. Entiéndenos, Atlas, hermano. Quisiéramos saludarte en tus próximas vacaciones, que quizá, cuando este mensaje fonético llegue a ti, hayan comenzado ya. ¿No puedes perder dos meses, al menos, y venir a la Tierra, a concedernos el placer de verte de nuevo? Después, sólo Dios sabe cuándo será ello posible otra vez.

«Envíanos tu mensaje, Atlas. Si quieres venir, puedes hacerlo por la Transplanetaria. Siempre es difícil hallar reserva de pasajes entre Júpiter y la Tierra, pero Ignus cuida de la oficina de reserva, y puede ayudarte. Notifícanos lo que resuelvas, lo antes posible. Esperamos tu respuesta, que deseamos sea afirmativa. Doria y yo te echamos mucho de menos, y ansiamos verte cuanto antes. Además, ya va siendo hora de que conozcas la Tierra, como nosotros conocemos vuestro mundo. Después de todo, aunque nacido en Júpiter, no debes olvidar que eres un hombre de la Tierra. Que tus padres llegaron aquí para crear una nueva vida. Y que ahora, tú eres un jupiteriano de sangre y naturaleza terrenal. Con familia, con un hogar. Y con el pasado de los Konrad, afincado ahí, a la tierra de tu mundo...

»A ser posible, contéstanos por astrograma. Esperamos impacientes.

»Tu hermano:

Mavick»

Terminó la grabación fonética. Sonrió Atlas Konrad. La voz pausada, inconfundible, suave y persuasiva de su hermano Mavick, casi le había convencido. Después de todo, él tenía razón.

Sus vacaciones habían comenzado. Descansaba en Júpiter, respirando su perfecto, aséptico y limpio oxígeno... artificial. Tan artificial como toda la ciudad envuelta en electrocampos invisibles que la mantenían aislada del mefítico aire cargado de metano, de gases irrespirables y carbonos tóxicos.

Descansaba contemplando la gracia luminosa, policroma, de los vergeles artificiales, auténticas granjas Hidropónicas que convertían el terreno inhóspito en un mundo urbanizado, florido y radiante, por la gracia de la acción humana en otros planetas.

Descansaba... y se aburría. Siempre le sucedía igual, cuando no tenía algo que hacer.

Aquel viaje a la Tierra podía ser su gran ocasión de ver a los familiares queridos, tan lejos de él. Y de distraer un poco el ocio fatigoso, interminable.

Se dirigió a su despacho. Inclinóse sobre el teleaudio. Encendió la pantalla.

—¿Número, por favor?—pidió la operadora, sonriendo estereotipada, desde el rectángulo fluorescente.

—Astrogramas — pidió Atlas.

Se hizo la conexión. Otra funcionaría, con el emblema azul y oro de «Astrogramas Company», apareció en la pantalla, en su exacto color y corporeidad tridimensional.

—Astrogramas — dijo, monocorde, como toda funcionaría habituada a una tarea—. ¿Su mensaje, señor?

Atlas sonrió, al observar el parpadeo de la joven, que fijaba su mirada en su propia pantalla intervisora. Siempre le ocurría igual. Las mujeres se sorprendían de su aspecto. Estaba habituado a ello, pero no dejaba de hacerle gracia.

—Mensaje para el planeta Tierra — informó escuetamente—. Anote, por favor...

—Sí, señor, claro que sí — se apresuró a decir la joven, y ahora sin la menor tonalidad monocorde en su voz, muy espabilada y llena de interés en agradar.

Atlas redactó el texto. Ella lo repitió, lo más lentamente que pudo, mirando más a la pantallita que al escrito. Atlas asintió. Dedicó a la muchacha su mejor sonrisa, cuando informó:

—Hago el pago por vía directa. Dígame precio.

—Son... son dos créditos cincuenta, señor... —suspiró ella—. Pero puede hacer el pago diferido, si prefiere.

Atlas negó y cerró la conexión con otra sonrisa que debió de dejar a la operadora de «Astrogramas Company» soñando con los ángeles.

El propio Atlas Konrad parecía un ángel, según se le mirase, aunque la dureza granítica y varonil de su rostro desviara un poco esa primera impresión de belleza de su aspecto. Su tez era broncínea, en contraste vivísimo con su cabellera, rubio plata, como sus cejas, y el vello de su epidermis. Jamás hombre alguno de la Tierra tuvo un cabello igual al de Atlas, auténtico dios mitológico por su físico poderoso, arrogante y macizo, de belleza y armonía viril increíbles, y con aquella abundante, rebelde melena plateada, que no era en realidad rubia ni blanca.

Los ojos, grandes, luminosos y muy verdes, completaban el aspecto fantástico del joven gigante. Se comprendía el asombro y confusión de las mujeres, al hallarse ante aquel titán, de arrogancia y atractivo nada comunes. Pero Atlas, nada engreído, se divertía con aquel aire de embobamiento de las bonitas muchachas con quienes se pudiera cruzar. En las feas, la verdad es que nunca se había fijado demasiado, e ignoraba cuál era su reacción al verle.

El texto del astrograma, enviado a Mavick Konrad, CentroeuroparCiudad, había sido breve. Y expresivo:

«Recibida tu misiva fonética. Estamos de acuerdo. Emprendo viaje a la Tierra, vía transplanetaria. Hasta pronto. Vuestro hermano,

Atlas.»

Sonrió. Estaba seguro de que daría una gran alegría a su hermano Mavick y a Doria, su cuñada.

Cuando volvió a la terraza y a su frío refresco de frutas venusinas se sentía mucho menos aburrido que antes. Ahora, al menos, tenía el aliciente de saber que había algo por hacer. Y eso no le permitía aburrirse.

Se acomodó en su hamaca de fibras vegetales de Júpiter, flexible y esponjosa. Suspiró. Sorbió un dedo de licor. Entornó los ojos, fijos en los jardines hidropónicos de Vía Júpiter-3, en el Nivel Once.

Y su pensamiento voló a la Tierra, al mundo de sus antepasados. A un lugar que desconocía, pero del cual eran sus padres, sus hermanos... y donde él mismo fuera engendrado, para ir a nacer, crecer y hacerse hombre en el lejano Júpiter. En Alfa-Dos, de Colonia-Tierra.

El pensamiento siempre era más rápido. Incluso ahora, en el año 2355, seguía siendo más rápido que los transportes siderales.

Creyó ver a sus hermanos, recibiendo en la Tierra su astrograma, felices de saber de él, de esperar su llegada...

* * *

—¡Atlas vendrá, Doria! ¡Atlas ha enviado un mensaje por astrograma!... ¡Va a venir! ¿No es magnífico?

—¡Es maravilloso, Mavick!

Doria Konrad peinó sus sedosos y largos cabellos rojos; luego se incorporó de su asiento de espuma, espejo colocado ante él. Corrió hacia la puerta de la galería, asomada al jardín colgante de su residencia, en el Nivel Cinco de Centroeuropa-Ciudad, la enorme urbe creada con la unión y aglomeración de las grandes urbes antiguas, en una sola, ultramoderna y trepidante, bella y práctica; era el centro nervioso y vital de todos los Estados Asociados Europeos, que iban desde los Urales al Estrecho de Gibraltar y desde Finlandia a Creta.

Mavick, rubio y sonriente, la recibió agitando en su mano el telegrama violeta con el texto del astrograma magnéticamente grabado. Texto que el reproductor de bolsillo de Mavick había reproducido al proyectar sobre los signos electrónicos su delgado rayo de luz invisible.

—Todavía tardará algunos días, Mavick—comentó Doris, llegando junto a su esposo —. El viaje desde Júpiter no es precisamente corto...

—En las supernaves de «Transplanetaria» no tardará seguramente más de veinte días en cubrir la distancia. Eso significará que puede pasar con nosotros otros veinte días, al menos, antes de regresar a Júpiter.

—Suponiendo que las vacaciones allí duren dos meses, como aquí — sonrió ella.

—Bueno, Júpiter y la Tierra no son tan diferentes, después de todo. En burocracia, especialmente. Recuerda que es una colonia nuestra. La hemos amoldado a nuestra manera de ser, e igual da que trabajes aquí, en Marte o allí. Los horarios y sistemas de trabajo son similares.

—Pero Atlas resultará poco menos que insustituible en lo suyo — comentó Doria —. Quizás acorten su período de descanso.

—No lo creo—negó Mavick—. Precisamente porque es una pieza básica en su labor deben cuidar de que no se fatigue con exceso ni se agote su enorme capacidad de trabajo, su inteligencia y su fuerza física. Le han de cuidar, al menos, como a otro funcionario importante, si no más.

Doria paseó por entre las salpicaduras verdes y rosáceas del jardín colgante, en la terraza que asomaba a la ciudad, desde su Nivel sobre las rutas urbanas, destinadas a parques infantiles, canales de tráfico fluvial interurbano, y aceras de bandas metálicas móviles. Por delante de ellos, a su altura o en otros niveles superiores, pasaban los aerocars y los espaciovías, hendiendo el aire con el zumbido de sus turbinas y sus aerodinámicas formas, sus bruñidas carrocerías de plástico y vitroplast, en vivos colores fluorescentes.

—Me pregunto si le gustará todo esto — dijo gravemente Doria, de súbito.

—Claro que sí — Mavick parpadeó —. ¿Por qué no había de gustarle?

—Es jupiteriano, recuérdalo.

—¡Tonterías! ¡Es tan terrícola como tú y como yo, Doria!

—De sangre y espíritu, tal vez. Pero la Tierra le es desconocida, extraña. Será como visitar un mundo ignorado. Y nuestro mundo es todavía diferente a los demás que hemos colonizado. Siempre tiene algo distinto, que uno no sabe lo que puede ser, pero que cambia la forma, la estructura de las cosas, el ritmo de vida, el modo de ser, de sentir y reaccionar de las gentes... Eso es lo que me preocupa. ¿Será Atlas capaz de adaptarse bien a su mundo de origen, del que ahora está totalmente desligado y al que no conoce en absoluto?

—Te repito que son tonterías, Doria. ¿Por qué no ha de adaptarse? Atlas es un ser notable, tú le conoces ya...

—Y tan notable. No hay otro igual en la Tierra. El clima y modo de vida de Júpiter ha influido en su desarrollo, Su aspecto es el de un personaje de otro mundo.

—En cierto modo, lo es — rio Mavick.

—Tú lo has dicho. «Es» de otro mundo. ¿Será capaz de soportar la curiosidad de la gente, el hecho de que le miren como... como a un ser raro, demasiado hermoso para ser real?

La forma de enfocar el problema intrigó a Mavick. En eso ella parecía tener razón. Atlas no era un ser vulgar, ni mucho menos. Llamaría la atención en la Tierra con sus dos metros y pico de estatura, su masa muscular, su aspecto de estatua de bronce, con pelo de plata y ojos de jade. Pero, sin duda, también llamaría la atención en Júpiter, donde no todos los terrestres jupiterianos eran tan hermosos, gigantescos y vitales como él.

—No temas, Doria — dijo finalmente—. Se adaptará a todo, estoy seguro...

Ella no pareció muy convencida. Su marido le hubiera podido preguntar si ellos mismos, los humanos, no se habían ido adaptando, a lo largo de los siglos, a la vida nueva, diferente, a la evolución misma de la existencia en la

Tierra. Los grandes avances biológicos, la revolución de la Química en el año 1998 y otros hitos importantes de la Ciencia dieron al hombre su actual duración vital, superior a los ciento diez años por término medio. Con una mayor prolongación de la juventud, del vigor físico y mental, y de todas las facultades propias de la criatura humana.

Sí, habían sabido adaptarse bien. Tan bien que para cualquier ser de tres o cuatro siglos atrás, ver a Mavick y Doria Konrad en la actualidad, sabiendo que tenían cincuenta años de edad, hubiera sido un impacto que les llenara de incredulidad. Y, sin embargo, era cierto. Ellos tenían, pese a su aire juvenil, elástico y vital, cincuenta años cada uno. Atlas era joven, mucho más joven. Poco más de la mitad de la edad de Mavick. Y éste se preguntaba si no evolucionaría más aún la raza humana, que sobrepasara triunfalmente los períodos decadentes, para resurgir pujante, cuando todos los científicos teorizaban sobre su paulatina inferioridad. Si Atlas y otros como él, criados en mundos lejanos y diferentes, no tomarían nuevas fuerzas de la Naturaleza desconocida, para dar al futuro una especie poderosísima, de longevidad asombrosa.

Todo era posible. Todo era posible, con ejemplares humanos como su hermano Atlas, se dijo Mavick Konrad.

Como un contraste vivo con aquellos pensamientos, un largo aerocar publicitario desfiló ante el jardín colgante, exhibiendo tras de sí el estandarte alargado, la banda fluorescente de un anuncio llamativo, que atraía la atención de todos.

Curiosamente, Mavick lo contempló. Leyó sus grandes letras multicolores, vistosas y fosforescentes:

> *¡Todos al Gran Circo Aéreo! ¡Funciones especiales en los veintiocho superdistritos de Centroeuropa-Ciudad! ¡Admire el gran «Circo Cósmico», con las aves exóticas de Venus, los caballos alados de Marte y los enanos infrahumanos de Phobos y Deimos, los satélites marcianos! ¡Todos al «Circo Cósmico» para admirar los sorprendentes juegos de los geniales enanos infrahumanos!*

—¿Sabes, querida? Creo que esta noche iremos a divertirnos un poco al circo.

—Como quieras, Mavick — asintió ella, entrando en la vivienda—. Supongo que será un espectáculo divertido. Dicen que es la primera vez que actúan estos enanos en la Tierra. Se oculta su aspecto físico para que solamente los espectadores los vean en la pista aérea, actuando para el público...

—Seguramente será simple truco publicitario—rio Mavick Konrad, escéptico.

—Sí, seguramente...



P R I M E R A   P A R T E

ATLAS Y LA TIERRA

CAPÍTULO PRIMERO

VIAJE



O era habitual que la «Transplanetaria» sufriera averías en sus vehículos.

La «Transplanetaria» era la más importante empresa sideral de navegación. Aseguraba sus comunicaciones entre planetas solares colonizados o pisados por el hombre, único ser inteligente hallado en todo el Sistema Solar.

Pero aquella vez precisamente tuvo que producirse la avería, cuando viajaba en una de sus supernaves un ciudadano de Júpiter llamado Atlas Konrad. Había tomado pasaje reservado en Alfa Dos y se dirigía a la Tierra, en el largo vuelo sideral que solamente con las comodidades de las supernaves, auténticos transatlánticos de lujo en las singladuras de los cielos,

podían soportarse sin tedio ni sensación alguna de claustrofobia.

Quizás la avería hubiera ocurrido igual de no tomar Konrad aquella supernave y elegir cualquier otra. Quizás. Pero fue fantásticamente casual que tuviera que ocurrir entonces.

Porque ello cambió totalmente el destino de su vida. Y el de muchas otras cosas...

La avería de la Supernave Once se anunció por los altavoces de a bordo, cuando desfilaban ante el último cinturón de asteroides que antecedían a Marte y su Cosmódromo interplanetario.

Todos levantaron la cabeza, cuando los cien amplificadores disimulados en los acolchados y luminiscentes muros de la Supernave comenzaron a difundir la noticia:

—Atención, pasaje... Atención, pasaje... Hay avería a bordo. Hay avería a bordo...

Un movimiento de alarma instintiva, muy comprensible en un vuelo así, fue pronto refrenado por la misma voz sedante, llena de serenidad:

—Nada de inquietudes ni alarma, señores. Atención todos. Nada de alarma. No hay motivo para preocuparse. Es una avería técnica que nos obligará a quedarnos en el Cosmódromo Interplanetario de Marte, en espera de repararla. Para todos los que tengan prisa por llegar a la Tierra, la Compañía dispondrá de espacionaves de plazas limitadas, o monoplazas en su defecto para aquellos con título de pilotos espaciales, puesto que es probable que la avería de esta Supernave nos retenga en Marte durante una semana. Naturalmente, estancia, hotel y gastos correrán por cuenta de la Compañía durante las fechas que dure la escala obligada en Marte...

Se repitió el mensaje. Atlas salió de una de las piscinas de la Supernave, frotándose el cuerpo musculoso, acerado, con una suave toalla de espuma, bajo la luz radiante de los focos de claridad solar concentrada que pendían de la techumbre abovedada de la planta de diversiones y recreo de a bordo.

Ceñudo, comentó entre dientes, echándose encima una bata dotada de calor propio, suave y confortable:

—Creo que elegiré un monoplaza. Después de todo, me urge llegar a la Tierra, o pasaré mis vacaciones en el espacio, sin ver a mi familia... Y, naturalmente, tengo título de piloto espacial...

—Claro, señor Konrad — sonrió uno de los camareros de la zona de recreo, que le oyó hacer el comentario—. ¡Sería gracioso que la Compañía dudara del título de piloto de un hombre como Atlas Konrad, Jefe de la Sección de Exploración Espacial en Júpiter!

Y rio, como si la cosa resultara la mar de cómica. Atlas no se sintió con humor para reír, aunque palmeó cordialmente la espalda del camarero. Hubiera preferido la comodidad del viaje en la Supernave, hasta la Tierra, con su restaurante, sus camarotes, sus diversiones... y sus chicas bonitas,

admiradas por su apostura, que un viaje largo, frío y solitario, en un monoplaza espacial, desde Marte a la Tierra. Aun a las velocidades actuales, el viaje resultaba demasiado fatigoso y aburrido.

Pero no había otro remedio. La idea del monoplaza cobró forma en su mente.

Atlas Konrad no podía saber que tantas y tantas cosas de su futuro, del futuro de otros, dependían de aquel momento trivial, de aquella decisión irritada, en el momento de una avería nada común en la «Transplanetaria».

Ni él ni nadie podía saberlo. Ni imaginarlo siquiera...

* * *

Un funcionario uniformado, de la Colonia Tierra Número Uno, en Marte, le proporcionó el monoplaza. Mostrándoselo, en una de las bandas de despegue de los hangares del gran Cosmódromo Interplanetario, dijo escuetamente:

—Señor Konrad, ése es su vehículo. Tiene combustible, víveres y el mecanismo bien revisado. Usted es piloto espacial y sabe manejarlo. Todos los mandos están diseñados de acuerdo con el patrón interplanetario. Buen viaje, señor. En el Cosmódromo «A» de Centroeuropa-Ciudad le recogerán los representantes de nuestra Compañía la nave monoplaza, una vez utilizada.

—Está bien, gracias — dijo' Atlas, estudiando el pequeño ovoide cuerpo rojo, con franja azul y numeración fosforescente, de acuerdo con las leyes vigentes del Control Internacional del Espacio y los Mundos Habitados.

Permaneció en Marte el tiempo preciso para almorzar, descansar ligeramente y hacerse a la idea de que, a partir de allí hasta la Tierra, todo dependía de él... y del funcionamiento de la nave individual que la «Transplanetaria» le proporcionaba.

Tras tomar un café doble, aromatizado con licor de Marte, y presenciar el paso del telenoticias tridimensional sobre la pantalla cromática del Salón de Prensa Gráfica del Cosmódromo, emprendió la marcha al hangar.

Poco después el monoplaza despegaba por la banda de arranque. Se elevó en el cielo brumoso, plomizo y frío, del planeta Marte. Partió hacia la Tierra.

Atlas Konrad, sentado ante los sencillos y eficaces mandos electrónicos de la nave, que movían su sistema propulsor a fotones, mantenía la mirada fija en la pantalla de radar y de televisión.

Tal y como señalaban las indicaciones internacionales en materia de navegación sideral, conectó los receptores de a bordo en la longitud y frecuencia de onda de la Policía del Espacio. De esa forma, cualquier emergencia en el Cosmos era inmediatamente detectada por los controles de las patrullas volantes de la Policía Espacial, y sus naves verdinegras acudían con el centelleo de sus proyectores de luz roja avisando a todo viajero sideral, para, auxiliar a quien precisara de sus servicios.

Atlas sincronizó fácilmente la emisora de teleradio. En la pantalla diminuta

de comunicación radio-televisada aparecieron las siglas S.P. (Spacial Police) sobre la «carta de ajuste» típica del Cuerpo sideral, en color verde y negro.

Atlas sonrió, ajustando el piloto automático para mantener el rumbo y vuelo por el vacío. Se retrepó en el mullido asiento móvil de espuma roja y dejó vagar la imaginación, mientras el vehículo espacial monoplaza se movía vertiginosamente en la negra sima de la Nada, hacia la Tierra, su punto actual de destino.

—Espero que sea realmente un buen viaje — se dijo, pensando en Mavick, en Doria y en las vacaciones, allá en Centroeuropa-Ciudad—. El mejor viaje, naturalmente...

* * *

Se había quedado dormido.

Despertó con sobresalto. Rápidamente se inclinó sobre los mandos, procurando controlarlos por completo. Aliviado, notó que nada sucedía. Todo continuaba normal, y durante su breve sueño el rumbo de la nave monoplaza no había variado. A velocidad fantástica se aproximaba a la Tierra. Pero esa velocidad, a lo largo de más de cincuenta millones de kilómetros, no parecía tan fantástica para el viajero...

Los indicadores de velocidad, presión, gravedad artificial, oxígeno respirable y combustible de reserva, se mostraban normales. No había razón para temer anomalía alguna.

Sólo había una cosa anómala. Atlas la descubrió al mirar en torno suyo a todo el tablero de mandos de a bordo. Frunció el ceño.

En la pequeña pantalla de la radiotelevisión no estaba el verdinegro indicador de la Policía Espacial ni sus siglas confortantes. En vez de eso, un vacío, surcado de líneas irregulares, de simples parásitos del espacio...

Sin duda, un movimiento de su brazo, algo brusco, había hecho girar algún dial. Se inclinó, manipulando nuevamente, para centrar la emisión.

Ahí estuvo el tercer hecho anómalo. Otro de los que contribuyeron a que sucediera lo que luego sucedió. El primer incidente fue la avería de la Supernave. El segundo, el fallo del dial de la televisión de circuito interplanetario. El tercero, el simple movimiento de Atlas, que giró en sentido contrario un dial y que movió innecesariamente otro sintonizador de canales.

Ambas cosas dieron un resultado. No sintonizó con la Policía Espacial, pero sí con alguna otra estación, porque por el altavoz del pequeño televisor metálico brotó una serie de sonidos. Sonidos incongruentes, vibrantes, extraños. Sonidos espasmódicos, continuados, vertiginosos casi.

¡Qué cosa más rara!

Atlas, sorprendido, mantuvo la sintonía, regulándola cuanto pudo. Aquello no parecían parásitos o interferencias espaciales. Daba la sensación de sonidos producidos intencionadamente, armónicos, con una relación y cohesión entre sí, a pesar de sus espasmos vibrátiles.

Trató de sintonizar también la imagen. No lo logró. El sonido se mantenía, pero la imagen era huidiza. Pasaban bandas grises o negras rápidamente. Luego, manchas. Y nuevas bandas. Nada más. Fue inútil cuanto hizo. La imagen no aparecía en la pantallita fluorescente. Pero continuaba el sonido.

Atlas miró en torno. Como todas las naves espaciales, monoplazas o de varios tripulantes, su vehículo sideral disponía de grabador magnético automático. Bastaba sintonizarlo con el sonido del receptor para que registrara las palabras o sonidos que de éste brotara.

Giró el botón de funcionamiento. Zumbó el magnetófono. Se encendió una luz-piloto roja. Ya funcionaba. Estaba grabando aquella serie de sonidos vibrantes, metálicos e incongruentes, que se repetían como una cantinela, como un extraño disco atascado.

Intentó de nuevo concretar la figura luminosa de la pantalla. La grabación magnética poseía banda de videotape para reproducir también la imagen. Pero de nuevo fracasó. Había algo, era evidente, correspondiendo a aquel canal de sonido. Sin embargo, lo que fuese, se resistía a aparecer allí.

Suspiró Atlas, manteniendo la grabación. De súbito, bruscamente, se cortó el sonido. Cesó la extraña fonética vibrátil, espasmódica. El receptor de TV-radio-espacio se quedó mudo.

Fue inútil que intentara localizar de nuevo el sonido o las bandas negrogrises y las manchas intermitentes de la pantalla electrónica. No se repitió el fenómeno. Reapareció el verdinegro de la Policía, con las siglas peculiares y su sintonía de constante «bip-bip», sólo alterada por mensajes de urgencia o avisos especiales a los astronautas en movimiento.

Cerró el magnetófono. Respiró con fuerza, echándose atrás en el mullido asiento.

—¿Qué diablos sería eso? — se preguntó, intrigado—. Me gustaría saberlo... Era como el sonido de voces humanas... que no tuvieran nada de humanas...

Aquella conclusión parecía un contrasentido. Pero Atlas se entendía bien consigo mismo y sabía lo que quería decir aquel aparente absurdo.

El TV-radio-espacio era ya perfectamente inútil, salvo para las informaciones y advertencias de las patrullas de la Policía espacial. Aquel extraño fenómeno no se volvería a repetir; Atlas estaba seguro de eso.

El monoplaza se movía vertiginosamente por el negro vacío sideral, siempre manteniendo su rumbo hacia la Tierra. Atlas, curioso, hizo girar la cinta magnética. Luego la extrajo de su receptáculo y la guardó en uno de los envases plásticos de que el mecanismo disponía al efecto.

Mantuvo todavía conectado el piloto autónomo de la pequeña nave, y se incorporó para encaminarse al cerebro electrónico que toda nave del espacio, con una o varias plazas, poseía entonces en todo el Sistema Solar habitado, para cualquier trance en que la lengua utilizada para un mensaje no fuese inteligible para su receptor.

Era un «translator sidéreo» que, por medio de bandas magnéticas ultrasensibles, captaba los sonidos y los devolvía convertidos en la lengua que se deseara, perfectamente comprensibles y claros. Pese a su complicado juego electromecánico, el aparato de traducción era una sencilla caja metálica, sobre un soporte luminoso donde, para mayor facilidad, las palabras que iba traduciendo el cerebro electrónico se reproducían una a una mientras duraba la traducción.

Atlas puso en funcionamiento aquel mecanismo sutil e ingeniosísimo, después de ajustar la cinta magnética al tambor para ello dispuesto en la caja electrónica. Comenzó un ininterrumpido parpadeo de luces multicolores dentro de la caja, reflejada en una serie de cabezas plásticas, en un carrusel alegre y zumbante.

El propio Atlas Konrad se rio de su curiosidad, considerándose un poco entrometido en sabe Dios qué cuestiones, sólo porque su TV-radio-espacio había captado unos sonidos posiblemente inocentes e incongruentes.

La distancia a la Tierra todavía era considerable. Pero el monoplaza se movía con celeridad, rectilíneo hacia el planeta azul, y no podía tardar ya mucho en alcanzar el cosmódromo de Centroeuropa-Ciudad.

Los zumbidos en el «traductor electrónico» parecieron cambiar de sentido. Atlas corrió hacia él, afanoso. Era raro, pero no cesaba el funcionamiento, ni tampoco aparecían palabras en la pantalla luminosa. El zumbido era ahora más insistente. Como si el texto grabado fuese muy difícil de traducir y se resistiese a los esfuerzos del «cerebro». Pulsó un botón rojo en el que se leía: «Apremios».

Ante esa presión urgente, el luminoso sí se encendió. Con una frase hecha, que el «cerebro» poseía para tales ocasiones: «El lenguaje se resiste. Continúo intentando la traducción.»

Atlas frunció el ceño. Era posible que se hubiera molestado en captar una simple serie de sonidos parasitarios del espacio, aunque la carencia de atmósfera y el nuevo sistema antiparasitario de los canales de la Televisión Universal hacían bastante difícil y problemática esa posibilidad.

Regresó al asiento, manteniendo el control de los mandos de a bordo, mientras la aerodinámica forma del monoplaza hendía el vacío, sin parecerlo realmente, por la carencia de puntos de referencia en el espacio. Pero Atlas Konrad sabía que cada vez estaba más cerca aquella esfera azul, salpicada de continentes, que era el Planeta Tierra, su punto de destino.

Súbitamente, una especie de zumbido musical le sobresaltó. Se incorporó con un respingo, y dejó conectado el piloto automático nuevamente, en espera de saber lo que el «cerebro electrónico» tenía que confiarle ahora. Aquel nuevo zumbido de su complejo mecanismo señalaba un cambio, una alteración en su trabajo.

Leyó el rótulo, al inclinarse. Un letrero luminoso en color verde:

Traducción lograda. Sigue texto.

Esperó. Se apagó el luminoso verde. Comenzaron a brotar palabras por el altavoz de la máquina traductora. AI mismo tiempo se iban proyectando en la pantalla luminosa. Pero Atlas no necesitó leerlas. Iba siguiendo el texto por aquella voz monocorde, sin entonación, sin énfasis, que se limitaba exclusivamente, por la magia de la electrónica, a ir repitiendo lo que el «Cerebro» traducía en la cinta magnética:

«...Fueron las últimas noticias del Control Uno. Las cosas marchan bien. Vamos a salirnos con la nuestra. Está logrado. Y eso era lo más difícil.»

«Lo más difícil, sí... sí.»

Era una traducción literal y fría, como procedente de un mecanismo. Su perfección técnica no podía darle matices, cambios de voz o de tono. Pero Atlas estuvo seguro de que eso era una respuesta. Una respuesta... Y el que respondía seguía hablando, aunque el traductor electrónico no lo dijera:

«—Pero si somos hallados, sorprendidos... todo terminará.»

«— No puede suceder eso. Y tú lo sabes. Como yo lo sé. Como lo sabe el Control Uno. Todo va a ir perfectamente. Los humanos ni siquiera se darán cuenta. Ni la más pequeña parte del planeta se dará cuenta...»

«—¿Falta mucho para el final?»

«—No. Muy poco. Pero hay que hacerlo con calma. Con serenidad. Paso a paso. No caben errores. Si alguien llegara a saberlo..., todo se hundiría.»

«—¿Puedo, pues, informar al Control Once?»

«—Sí, informa. Habrá éxito. Triunfaremos. Triunfaremos, sí. Y entonces... "¡entonces toda la Tierra será nuestra”!»

«—Nuestra. Y, para entonces, será demasiado tarde. No importará que ellos, los hombres, lo sepan... Nada podrán hacer. ¡Nada!...»

Era todo. La máquina enmudeció. Dejó de brillar la pantalla. Atlas Konrad, mudo y erguido frente al «cerebro electrónico», sintió vacilar su razón. No, tal vez había un error en la máquina. Aunque las máquinas no cometen errores. Si lo hicieran, dejarían de ser máquinas para convertirse en hombres.

Pero no estaba seguro. No podía estarlo todavía. Por eso se inclinó, dio marcha atrás al control electrónico, y la máquina volvió a funcionar, repitió su texto, invariable e inconmovible. Presionó el botón señalado con la frase: «Errores de traducción».

No. No había errores. La respuesta fue un parpadeo negativo. El texto había sido bien leído. Atlas, frenético, pulsó otro botón, el que interrogaba sobre el origen del idioma utilizado en el texto original.

«Desconocido», fue la respuesta.

—Desconocido... — repitió Atlas, cerrando definitivamente el «translator»—. ¡Desconocido...!

Un idioma desconocido. Y unas palabras inexplicables, oscuras y dramáticas. Hablaban de un mundo invadido por algo o alguien. Un planeta llamado Tierra. Y unos seres en peligro: los humanos. Unos seres que, al parecer, ni siquiera iban a advertir la presencia del invasor, del enemigo que hablaba en el espacio, en una frecuencia de onda desconocida... y en un lenguaje que incluso el «cerebro electrónico» ignoraba.

Se precipitó sobre los mandos del monoplaza. Comprobó la distancia a la Tierra, la examinó, allá en la lejanía cósmica, azul y nítida, Aceleró cuanto le fue posible, incluso forzando en exceso el sistema de propulsión a fotones iónicos, y de un modo casi sensible, se fue agrandando la esfera terrestre. El indicador de velocidades comenzó a mostrar una aceleración en el movimiento de su aguja.

La nave especial de Atlas Konrad fulguró en la soledad vacía e inmensa de los cielos, deslizándose a fabulosas velocidades hacia el planeta Tierra. Pero súbitamente, una preocupación titilaba en el fondo del cerebro del joven viajero de Júpiter.

Había peligro. Un peligro sobre la Tierra, sobre su familia y sobre todos los humanos. Un peligro que ellos no conocían, captado casualmente por su TV-radio-espacio.

Por eso ahora tenía prisa, Prisa por llegar, por comprobar hasta qué punto la amenaza sugerida por la siniestra, transmisión entre dos seres extraterrenos, en las altas capas siderales, era auténtica, real, tangible.

Los millones de millas no eran nada, cuando una nave espacial del Siglo XXIV se lanzaba a conquistar las distancias con toda la fuerza de sus poderosos mecanismos y su formidable energía impulsora,

Así, Atlas Konrad pronto alcanzó el planeta Tierra. Pronto planeó sobre las grandes, metálicas pistas grises de Centroeuropa-Ciudad, primer Cosmódromo internacional del mundo de los hombres...

CAPÍTULO II

EMPIEZAN LAS VACACIONES


TLAS! ¡Atlas, hermano!...

Mavick se lanzó en brazos del hombre que acababa de llegar de Júpiter. Ambos se abrazaron con calor, con fraterno entusiasmo. La sonrisa dulce y cordial de Doria fue el mejor testigo del encuentro.

Luego, Atlas buscó a su cuñada y le demostró su afecto con un abrazo tan fraternal como el anterior. Ella le dio también la bienvenida, con acento emocionado:

—Atlas, hermano. Espero que seas feliz entre nosotros, como nosotros lo seremos a tu lado... Y ojalá que por bastante tiempo.

Konrad sonrió, y sus formidables, musculosos brazos de titán rodearon los hombros de sus hermanos, partiendo con ellos por la aerovía de las cosmopistas de la gran estación espacial de Centroeuropa-Ciudad.

—Creo que soy el más feliz de los mortales, queridos hermanos — confesó con amplio optimismo—.

Y lo seré más aún, cuando la fatiga del viaje haya terminado, y nos hallemos tranquilamente en vuestro hogar.

—Un hogar que es el tuyo, Atlas — dijo Mavick—. Creo que el viaje ha sido malo, ¿no es cierto? Oímos los boletines e informes de la Transplanetaria y...

—Bueno, no fue lo que se dice un viaje de placer—rio él —. Hubo averías, un largo viaje en solitario... y luego las voces...

Se habían parado, ya en uno de los aparcamientos circulares que se mantenían a bastantes metros de altura sobre las cosmopistas. La batería circular de turbocars, bruñidos y espejeantes, se extendía ante ellos.

Mavick y Doria se volvieron a él, sorprendidos.

—¿Voces? — preguntó su hermano—. ¿Qué voces, Atlas?

—Oh, es una historia que os contaré en casa—miró en derredor, receloso —. Es preferible así. Llevo conmigo algo que quiero mostraros, Mavick. ¿Tenéis traductor electrónico en casa?

—Creo que todo el mundo lo tiene hoy en día— comentó Mavick, burlón —. La vida moderna exige muchas cosas raras, Atlas querido. Pero te veo muy misterioso. ¿Qué ocultas?

—No lo ocultaré mucho tiempo. Vamos a casa, Mavick.

—Te veo preocupado, cuñado querido — comentó Doria, intrigada, mirándole con fijeza—. ¿Algo no marcha bien?

La mirada verde, centelleante y hermosa del hércules rubio llegado de

Júpiter, se deslizó por la ultramoderna, radiante y cosmopolita ciudad que formaba el centro mismo de Europa, como corazón urbano, vital y humano de todo el Continente. Una ciudad fabulosa, con millones y millones de seres. De largas y altísimas torres color aluminio, vitrificadas y esbeltas, entre las líneas ondulantes y aladas de las aerovías y las avenidas elevadas, con sus colgantes jardines artificiales, sus canales surcados por hidrocoches, la magia de sus cúpulas plásticas y sus puentes de arcos audaces y líneas estilizadas, formando estructuras livianas, centelleantes y lineales.

Todo respiraba vida, actividad. Y también paz, sosiego, conciencia de solidaridad humana en la lucha diaria por un mundo mejor, edificado sobra bases de largos años sin guerras ni epidemias, sin odios ni violencias. El cielo, sobre Centroeuropa-Ciudad, era azul, luminoso, límpido. Un cielo mil veces surcado por las estelas fosforescentes de los cosmo-taxis y los espaciotrenes.

—Di, Atlas, ¿algo marcha mal? — insistió Mavick ahora, con tono preocupado.

—No, no — sonrió Atlas Konrad, apartando de sí toda idea pesimista—. Aparentemente, todo va bien aquí. Creo que me he dejado impresionar por algo que tal vez no tenga importancia. ¿Vamos a casa, Mavick? Así vosotros también oiréis lo que traigo conmigo... y juzgaréis.

—Está bien — Mavick Konrad se acercó a un turbocar rojo y blanco, de líneas fulgurantes y bellísimas. Abrió la cabina de vidrio plastificado—. Subid. Os llevaré a casa, Atlas. Yo tengo que ir al trabajo. Será apenas una hora lo que permaneceré fuera. Después, tendré todos estos días para ti. Sólo debo resolver unas cuestiones de urgencia, antes de disfrutar de mis propias vacaciones mientras tú estás aquí.

Subieron todos al turbocar, que partió vertiginosamente, deslizándose por las vías magnéticas de las aeropistas urbanas, en dirección a las zonas residenciales de la urbe colosal.

* * *

Mavick Konrad escuchaba, con gesto grave. También Doria, su esposa. Atlas, paseando frente al «cerebro electrónico» de la casa de su hermano, seguía una vez más el sonido magnético, cuya traducción en el mecanismo de Mavick era la misma que le diera el aparato de a bordo. No hubo una sola variación. No era fácil que un «traductor-robot» pudiera cometer errores.

Terminó la transmisión fría y sin entonación de la voz metálica reproducida por el «translator». Hubo un silencio. Largo y preocupado. Atlas se quede mirando a sus hermanos.

—¿Y bien? — les preguntó —. ¿Qué os parece eso Mavick?

Su hermano no dijo nada por el momento. Cambió una mirada con Doria, su mujer. Al final, se atrevió a hacer una sugerencia concisa:

—Absurdo.

—¿Absurdo? — Atlas enarcó las rubias, doradas cejas, en un gesto contemplativo—. ¿Seguro, Mavick?

—Claro. Conozco la Tierra, el mundo en que vivo. Te aseguro que nada de eso es posible. No puede suceder más que en los relatos infantiles y en las novelas de ficción. No hay «invasores». Nunca los hubo. No existen seres vivientes, aparte del hombre, en todo el Sistema Solar.

—¿Y «fuera» del Sistema Solar? — aventuró Atlas.

—Ésa es la incógnita, Pero nadie hablaría para que tú u otro captase ese mensaje.

—¿Entonces...?

—No sé qué pensar. Quizá una obra televisada o radiada, una farsa o un espectáculo...

—¿En lenguaje «desconocido», incluso para un «translator-robot»?

—Bueno, eso resulta raro. Pero no lo explica todo, Atlas —sonrió Mavick, escéptico—. Todo... todo ello suena a fantástico, a poco probable, compréndelo.

—¿Cómo le sonaría a un hombre de hace cuatro siglos, que yo viajase en horas, de Júpiter a la Tierra, que existieran ciudades como ésta, sistemas de transportes como los de hoy, y todo lo demás, Mavick?

—Sí, sé lo que quieres decir. Pero... pero, aunque esa cinta magnetofónica fuese la reproducción de una conversación «real», ¿no comprendes que nosotros, en la Tierra, «notaríamos» una invasión, algo fallaría, permitiéndonos descubrir los planes enemigos por perfectos que fuesen, y jamás lograrían dominar el planeta?

—¿Seguro, Mavick?

—Sí, Atlas.

—Me gustaría tener esa misma seguridad — suspiró el hombre de Júpiter —. Pero yo desconozco la Tierra y no puedo sentirme tan alejado de toda duda, Me preocupa ese mensaje, Mavick. Puede ser falso, una emisión de televisión interplanetaria, como tú dices, falseando un idioma fantástico, imaginado por algún escritor. Pero puede ser algo real. ¿Por qué no preveer toda posibilidad?

—Está bien. Si quieres, lleva esa cinta al Departamento de la Ley Federada Mundial. En la Sección de Denuncias te atenderán, escucharán ese texto y obrarán en consecuencia, como ellos lo crean prudencial. ¿Estás conforme, Atlas?

—Sí, haré eso. Me dejará más tranquilo, Mavick. Si hay algo realmente grave en esto, confío en que la Ley de Seguridad Mundial lo tendrá en cuenta y adoptará las medidas pertinentes.

—De acuerdo, hermano. Iremos juntos hasta allá. Yo te dejaré en la Torre Internacional, donde se halla el Departamento de la Ley Federada Mundial, y

seguiré hasta mis oficinas. Nos encontraremos más tarde aquí, en casa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo en todo.

—Será mejor que lo hagáis así —- admitió Doria—. Cuando volváis, la mesa estará servida. Y esperándoos.

Poco después, el turbocar volvía a ponerse en movimiento, alejándose de la vivienda de los Konrad. Doria les despidió en la terraza. Atlas y su hermano Mavick iban adentro, con la cinta magnética obtenida por el primero.

* * *

La bella funcionaría de la Sección pareció sorprendida ante la figura de Atlas. Parpadeó, impresionada, contemplando aquel manojo portentoso de músculos, nervios y tendones, armoniosamente distribuidos bajo una piel bronceada, que remataba su crespa melena rubio plata, y en cuya faz eran visibles las inquietantes pupilas verdes y profundas.

Suspiró, recuperando la facultad de la palabra. Inclinóse sobre la mesa. Era una menuda pelirroja de ojos azules, vivos y penetrantes. Sus curvas suaves aparecían moldeadas por el uniforme verde brillante de la Policía Federada.

—Dígame, señor... ¿en qué puedo servirle? — musitó, con un hilo de voz, contemplando al gigante hermoso y varonil que se erguía ante ella.

—Deseo formular una denuncia, señorita. Una denuncia que puede ser muy importante...

—Entiendo — dificultosamente, se sustrajo a la contemplación del hombre notable, y se inclinó sobre un intervisófono, informando a alguna parte —: Un... un hombre joven va a formular una denuncia, ¿Su nombre, por favor?

Se lo había pedido a él, naturalmente. Atlas se lo dio, y ella lo comunicó a su interlocutor. Al final, asintió, apagando el comunicador, para indicar a Atlas, señalando una puerta, al fondo de la oficina:

—Entre, por favor, señor Konrad. El coronel Brauner le espera...

Atlas cruzó, con su largo paso elástico, para introducirse en el lugar señalado. Dejó atrás a la joven pelirroja, que suspiraba con pesar. El joven no pudo ocultar una leve sonrisa, al entrar ya en la oficina del coronel de la Policía Federada Mundial.

Era un hombre rechoncho, al que el uniforme no sentaba bien. Parecía muy nervioso y poco imaginativo. Los ojos, pequeños y oscuros, estudiaron a Atlas con la misma admirativa sorpresa con que todo el mundo lo hacía al verle por primera vez. Estrechó su mano, haciéndole acomodarse frente a él, y le interrogó:

—Bien, señor Konrad. ¿Qué es lo que desea denunciar? Le escucho...

Atlas advirtió de súbito que la cosa no era fácil. En principio, su denuncia iba a sonar a grotesca. Menos mal que sus fuertes manos nervudas sujetaban

aún la cinta magnética que era su mejor prueba,... si es que la policía, terrestre quería considerarlo así. Mavick y Doria, su propia familia, se habían mostrado bastante escépticos.

Atlas refirió su viaje reciente desde Alfa Dos, en Júpiter. Luego, concluyó mostrándole la caja en que guardaba la cinta grabada:

—Capté por el TV-radio-espacio una extraña conversación ininteligible. Y la grabé, para traducirla luego, porque me resultó extraña. Fue muy oportuno. La he pasado ya en dos «cerebros lectores y traductores», y el resultado ha sido el mismo. Quiera que ahora la oiga usted, coronel.

El policía, ceñudo e intrigado, tomó la cinta. Fue hasta una máquina lectora y traductora de gran potencia. Aplicó la cinta en su respectivo carrete, y puso en marcha el sistema robot. Los centelleos de luces comenzaron a llenar la salita, en tanto trabajaba el mecanismo electrónico.

Por fin, sin un solo sonido que emitiese el altavoz del aparato, surgió una palabra luminosa en una banda de luz del aparato. Atlas, incrédulo, leyó:

—«Intraducible» — Luego, la máquina añadió otra aclaración luminosa—. «No son palabras. Sólo sonidos espaciales, parásitos sin cohesión.»

—Bueno — gruñó el coronel Brauner, perplejo. Se volvió a él—. ¿Y dónde está la razón de su denuncia? ¿Qué significa esa cinta magnética?

—¡No puede ser intraducible! — gritó Atlas—. ¡No son sonidos espaciales, sino «palabras». ¡Palabras, coronel! ¡Dos traductores electrónicos las han traducido ya!

—¿De veras? ¿Y qué dijeron?

Atlas lo refirió. La incredulidad y el escepticismo del policía fueron en aumento. Al terminar el joven, sus cejas estaban arqueadas, en gesto sarcástico.

—¡Ha de creerlo! — argumentó Konrad agriamente, al terminar su exposición—. ¡Su máquina ha de estar defectuosa, es evidente!

Brauner pareció irritado. Se incorporó, con violencia.

—Escuche, señor Konrad. He sido muy paciente en escuchar sus fantasías. Ahora va a oír su famosa cinta, pasada en sentido inverso y otra vez normalmente. Luego, le pasaré dos cintas, las que usted mismo elija de nuestro archivo, para que la máquina traduzca. A ver si existe «avería», amigo...

Por dos veces, al pasar la cinta de Atlas, repitió su texto la máquina: «Intraducible. No son palabras.» Luego, un rollo en jupiteriano moderno, y otro en lenguaje maya milenario, pasó por la máquina. Ambos textos fueron traducidos sin trabajo.

—¿Y bien, señor Konrad?—-el coronel se volvió, tendiéndole la cinta de nuevo—. ¿Por qué ha venido a hacerme perder mi tiempo? ¿Por qué?

Atlas Konrad apretó los labios. Su rostro arrogante tomó un aire durísimo,

de estatua de bronce. Entornó los verdes ojos, fijos en la cinta magnética,

—Algo ha sucedido — manifestó —. Algo que no entiendo. Pero tengo testigos. Testigos que han oído traducir una máquina, con el texto que le cité. Mi hermano Mavick, mi cuñada Doria...

—Si quiere, hágales venir y que firmen esa declaración— gruñó Brauner, escéptico—. Pero creo que la Ley Federada no va a ocuparse de ello. Y el Consejo de Seguridad Mundial se reiría de nosotros si le presentamos el caso, amigo mío. Pero en fin, vaya usted... Eso sí, le ruego que deje de hacerme perder tiempo. No ha lugar a denuncia alguna, por ahora. Y, si quiere seguirme un consejo, señor Konrad... descanse. Trate de reposar. Los viajes espaciales demasiado largos producen a veces trastornos, molestias pasajeras... que le hacen a uno ver y oír cosas que no son...

De buena gana, Atlas le hubiera borrado aquel gesto estúpido de la cara, con un martillazo de sus temibles puños. Pero no lo hizo. Era un policía, y debía respetarle, por muy loco que le estuviera creyendo. Con un portazo airado, salió de la oficina.

La pelirroja le miró de nuevo, entre arrobada y sorprendida.

—¿Ya terminó, señor? — indagó, afanosa de entablar conversación con él.

—¡Sí, ya terminé! — rugió Atlas con ira—. ¡Tiene usted un jefe perfectamente estúpido!

Ella miró en torno, algo temerosa. Luego, al comprobar que nadie les oía, rio.

—Sí, creo que siempre lo ha sido, señor — admitió inesperadamente —. Y ahora, más que nunca...

Atlas la estudió con renovado interés. Parecía una muchacha inteligente y simpática. Ella enrojeció con intensidad bajo su mirada. Bajó los ojos.

—Gracias por estar de acuerdo — comentó Konrad—. De todos modos, mi denuncia era muy rara. No tenía mucha fe en esto. Lo que quisiera es saber por qué... por qué mis pruebas no servían de nada. Pero usted no entendería eso, jovencita.

—Oigo denuncias rarísimas, al cabo del día — sonrió ella—. Y no todas son falsas, aunque el coronel Brauner lo crea. En esta época, considero que uno debe poseer imaginación, o se queda atrás en la evolución de los tiempos y de las cosas.

—Curiosa observación, sí — aprobó Atlas —. ¿Cómo se llama usted, señorita?

—Galia.

—Galia... Un bonito nombre.

—Gracias — el rubor aumentó en las mejillas de la muchacha—. ¿Puede decirme de qué clase era su denuncia? Tal vez yo pueda ayudarle...

—No, no creo que pudiera hacerlo — rio Atlas, echando a andar hacia la

salida de la oficina—. Pero de todos modos, se lo diré, Galia: venía a denunciar... una invasión de la Tierra. Una invasión que ha comenzado ya...

Y cerró suavemente la puerta, mientras el rostro de la bella pelirroja reflejaba un estupor infinito. Se dijo que ahora, incluso ella le creería loco.

.

CAPÍTULO III

ALGO RARO



A máquina electrónica de Mavick comenzó a funcionar. Su zumbido llenó la estancia. Doria le contemplaba, con curiosidad, desde la entrada de la sala.

—Pero Atlas, ¿no crees que te va a obsesionar todo eso? — argumentó ella —¿Por qué no lo dejas ya? Es posible que haya habido un error al principio, y la máquina haya traducido libremente...

—¿Un error idéntico en «dos» máquinas diferentes?— replicó Konrad—. No, querida. Eso no es posible...

—¡Mira! — gritó ella, con voz ronca, señalando al «lector electrónico».

Atlas se volvió vivamente. Vio el luminoso. Lo leyó, entre furioso e incrédulo.

—¡«Indescifrable. No son sonidos de voces ni lenguaje alguno! Sólo sonidos electrónicos o parásitos, sin relación alguna.» Pero... pero... ¡no es posible, Doria! Tú... ¡Tú misma oíste antes...!

Doria Konrad se movió, perpleja, hasta la máquina, Fue todo inútil. Una y otra vez reapareció ese rótulo en la pantalla de luz. Se volvió, muy pálida, a su cuñado.

—No puedo entenderlo, Atlas...—confesó roncamente—. Claro que oí la traducción...

—Algo ha sucedido con esa cinta, Doria — replicó Konrad, incisivo—. Algo muy raro...

—¿Qué, Atlas? ¿Qué pudo suceder?

—Hay algo o alguien que borró el texto y grabó «otra» cosa... O me han robado la cinta original, supliéndola por ésta...

—¡Atlas! — se alarmó ella—, ¿Quién podría haber hecho eso?

—No lo sé. No lo sé. y eso es lo que más me inquieta. Yo he conservado esa cinta todo el tiempo, salvo para aplicarla en las máquinas. Después de oírla aquí, solamente el coronel la tomó. Yo le vi ponerla en la máquina. ¿Cuándo se ha hecho el cambio?

— Pero trata de comprender, Atlas. No puede ser eso. ¿Por qué habría nadie de hacer tal cosa? ¿Por qué, Atlas?

—Muy fácil — contempló a su cuñada, sumido en reflexiones sombrías, inquietantes—. Terriblemente fácil. Tanto, que asusta a cualquiera. Lo que decía esa cinta, lo que hablaron esas voces del espacio... era cierto.

—¡Oh, no!

—Sí, era cierto... Y había que eliminar la única prueba que podía poner en guardia a los terrestres. Por tanto, Doria, desengáñate. Hay una cosa cierta: la invasión existe. Y ya ha debido de empezar...

* * *

—Pero... ¿dónde, Atlas? ¿Y... cómo?

Las preguntas venían formuladas por Mavick, y los tres se hallaban acomodados en la terraza amplia, aérea, de la residencia de los Konrad en Centroeuropa-Ciudad. En torno suyo, la gran urbe europea destellaba como un

mar infinito de luces y de movimiento, que se perdía en el horizonte, dondequiera que abarcase la vista.

Había ruidos, luz, música, voces, silbidos de reactores. Todo rezumaba vida, normalidad, palpito vital... Parecía imposible que nada pudiera alterarse allí, en la vasta y supercivilizada colmena humana. Los temores de Atlas parecían infantiles, carentes de sentido y de lógica,

Mavick, retrepado en su asiento flexible y esponjoso, contemplaba la ciudad, pugnando per advertir tal vez aquella huella anormal, siniestra, que corroborase los temores de su hermano. Pero, naturalmente, nada advertía, nada parecía ser anormal en ningún lugar. En torno suyo, de la mesa bien provista donde habían cenado, donde ahora humeaba el café y los licores de moderna factura llenaban las copas de vitrofib de extrañas formas, las plantas artificiales y la brisa nocturna formaban un marco apacible, casi soñador.

—Dónde y cómo...—suspiró Atlas, pensativo, reclinado sobre su café humeante—. Son dos preguntas fascinantes, querido hermano. Pero ¿cómo responderlas sin saber nada, con simples sospechas que nadie va a creer?

—Atlas, yo escuché, como Doria, las palabras traducidas por la máquina. Pero de eso a... a suponer que sea cierto...

—Hay algo evidente: me quitaron esa cinta. No tengo ya pruebas. ¿Por qué, Mavick?

—Sí, eso resulta sospechoso. Sin embargo... No sé, no sé, hermano. Todo esto es raro, confuso. No te sorprenda que esté hecho un lío.

—También yo lo estoy... Recuerda que el espacio es mi trabajo, que mi labor se centra en la Exploración Espacial de Júpiter. Soy jefe de mi sección. En mi cargo, me he enfrentado con problemas provocados por la lluvia de raras semillas del cielo, por meteoros con formas de vida inferior, como larvas y gusanos que luego perecían. En fin, cosas así. Nunca, vi a seres inteligentes de otros mundos, ni nuestros detectores captaron cosa similar. Tuvo que ser precisamente al venir aquí, entre Marte y la Tierra, cuando...

—Marte — musitó Mavick Konrad —. En otro tiempo, eso hubiera dado lugar a fantásticas cábalas. Se decía en el pasado que Marte era un mundo habitado por seres agresivos y temibles. Luego, el tiempo se encargó de desmentirlo. Lo mismo que se comprobó la temperatura de Venus y sus características generales, que lo hacían inhabitable, salvo en sistemas especialmente diseñados por el hombre, se comprobó que Marte tampoco albergaba seres inteligentes ni agresivos.

—Pero eso sucedió entre Marte y la Tierra, Mavick. Yo no digo de dónde pudieron proceder las voces. Sólo que no eran sonidos espaciales, sino... voces. Voces, Mavick, hermano...

—Sí, entiendo...— Su hermano se encogió de hombros—. Pero ¿cómo saber si...?

De repente, Atlas había mirado al oscuro cielo estrellado y, con un

respingo, se incorporó, señalando algo. Casi gritó, ronca la voz, señalando a las alturas.

—¡Mirad! — rugió el formidable atleta de Júpiter—. ¡Mirad eso!...

Sobresaltados, se volvieron Mavick y su mujer. Miraron al cielo, a la forma luminosa y chaparra, como un globo de luz flotando sobre la ciudad. Visto con calma, se comprobaba que era una rara, deforme figura humana, achatada y redonda, de patas o piernas casi inexistentes y enorme cabeza de huevo pelado, con ojos malignos. Flotaba, emitiendo algo, sonidos largos y ululantes, mientras brincaba en el vacío, lo mismo que una anticuada cometa infantil.

Mavick se echó a reír alegremente. Su hermane le miró, extrañado.

—¿De qué te ríes, hermano? — preguntó Atlas, repartiendo su atención entre la forma de luz, monstruosa y fea, y su riente hermano.

—Oh, querido, ahora empiezo a ver que Doria tenía razón cuando me preguntó si te adaptarías a las cosas de la Tierra. Es mucho lo que desconoces sobre tu planeta de origen y nuestras costumbres, Atlas — rio Mavick de buen grado —. Ahí tienes uno de los monstruos de nuestra vida normal, que pueden alarmarte y hacerte pensar cosas horribles. La publicidad.

—¿Publicidad? — Atlas enarcó las cejas, intrigado.

—Sí, Atlas. Eso es, simplemente, un globo de luz, movido electrónicamente, con la reproducción de un enano. Unos feos y repugnantes enanos que actúan en el Circo Aéreo. Esa voz que emiten, reproducida y amplificada, es la voz misma de los enanos, a quienes se presenta como una atracción de otro planeta, aunque es falso, naturalmente. El circo siempre apela a trucos así, desde hace cientos de años, Atlas. Todo es truco publicitario. Y ahora me pregunto...

—¿Qué?

—Me pregunto si no captaste por pura casualidad una serie de ondas sonoras dé algún programa radiado o televisado en la Tierra, de publicidad cinematográfica o de otro espectáculo así, que tu cinta grabó, aunque deformándose luego por una defectuosa llegada de la grabación o un fenómeno electrónico cualquiera.

Atlas Konrad vio pasar, flotando sobre la casa, a mucha altura en el cielo, la figura de luz que anunciaba el Circo Aéreo y sus atracciones, en especial a los «Enanos infrahumanos», de los que aquél era fiel reproducción propagandística. Sus chillidos grabados resultaban repugnantes incluso en aquel truco publicitario.

El pasquín luminoso se perdió en la distancia. Seguía su marcha llamativa sobre toda la gran urbe. Atlas respiró con fuerza, volviendo a sentarse.

—Extraña forma de atraer a la gente — confesó por fin—. Pero me resisto a creer que aquella conversación fuera solamente otro truco de publicidad,

Mavick...

—Ya te irás habituando a las cosas de nuestro mundo. A veces, pienso que estamos un poco chiflados y, mientras hemos progresado en muchas cosas importantes, en otras hemos desorbitado bastante las proporciones.

—¿Por qué no te distraes un poco, Atlas? — terció su cuñada Doria—, Mavick y yo hemos visto ya ese Circo y su espectáculo. Pero es muy interesante, y cambian con frecuencia de programa. Podríamos volver, y verías atracciones que te distraerían un poco, haciéndote olvidar el lamentable incidente de este viaje. ¿De acuerdo?

Atlas vaciló primero. Por fin, miró risueñamente a su cuñada,

—Sí, de acuerdo — aceptó, consultando su cronómetro anillo —. Y, según veo, aún es tiempo de ir hacia allá. ¿Sabéis una cosa? Siento curiosidad por ver a esos horribles enanos...

—Imagino la cara que pondrán, al verse ante un tipo como tú — rio Mavick, divertido con la idea,

* * *

El «Doctor Cosmos» resultó ser un típico ejemplo de artista de circo de cualquier época. Ampuloso y espectacular, daba gran teatro a sus palabras y gestos, como si pretendiera convencer de sus fantasías al público que se apiñaba en las amplias gradas del Circo, rodeando la gran pista metálica del asteroide artificial donde se encerraba el circo, con su hemisférica bóveda, formada por la mitad superior del propio asteroide que giraba en torno a la Tierra, La hemisfera inferior era la destinada a campos de aparcamiento de aeronaves privadas o públicas, con sus bocas y rampas de acceso, y a las dependencias del circo.

Aquel curioso, alto y enfático «Doctor Cosmos», de melena oscura, barba puntiaguda y ojos redondos y grandes, hacía evolucionar a sus horribles enanos por la pista, haciendo las más ingeniosas y difíciles acrobacias y ganándose entusiastas ovaciones del público

Atlas y sus hermanos se hallaban en primera fila de pista. Reían, como todos los demás, y hasta el joven Konrad, llegado de Júpiter, parecía haber olvidado totalmente sus preocupaciones de aquel día.

Los enanos, cuya deformidad era realzada con hábiles trucos de caracterización y vestuario, para darles apariencia de seres extraterrenos, terminaron su actuación recorriendo las primeras filas. A cada uno de los ocupantes de los asientos preferentes, le tendieron un obsequio de recuerdo, que la gente tomaba riendo: un gracioso globo magnético, con la figura de uno de los enanos, iluminada en la esfera color magenta. Una varilla plateada, unida por magnetismo a la esfera, servía para moverla con graciosos giros en el aire.

—Ya tenemos los que nos dieron la otra vez, en casa — rio Mavick,

haciendo jugar su esfera—. Pero siempre resulta gracioso...

Atlas guardó la esfera de juguete en su bolsillo y se olvidó de ella. El espectáculo continuaba, con animales fabulosos, logrados por cruces de razas y aclimataciones interplanetarias. Los circos del Siglo XXIV poseían una fauna que hubiera resultado increíble para los seres de tres o cuatro siglos atrás.

La función circense continuaba distrayendo a Atlas, alejándole de sus temores y preocupaciones. Justamente lo que Mavick y Doria se habían propuesto y se sentían felices con el éxito de su idea.

Súbitamente, Atlas frunció el ceño y el espectáculo dejó de interesarle. Mavick, intrigado por su respingo, le miró. Siguió la dirección de los ojos de su hermano y descubrió a alguien, al otro lado de la pista, y también en asientos preferentes, jugueteando distraídamente con la esferilla magnética de los enanos, mientras contemplaba las evoluciones de los «caballos alados» de origen marciano.

Ese alguien era una muchacha. Una joven pelirroja, hermosa y esbelta, vestida con un ceñido traje rosado, cuya breve falda dorada cubría sus muslos, según la moda de la época.

—Diablo, Atlas, guapa chica — comentó Mavick, guiñándole un ojos—. ¿Te gusta? No sabía que las terrestres fuesen de tu agrado...

—Conozco a esa chica—-respondió gravemente Atlas—. ¿Me disculpan un momento?

Doria y su marido se miraron sorprendidos. Atlas era muy decidido en sus cosas. Se había incorporado sin esperar a más, y rodeaba el anillo de la enorme pista espacial del Circo Aéreo, para dirigirse adonde la muchacha contemplaba el espectáculo.

Ella le había visto y enrojeció violentamente. Mavick rio.

—Bueno, mi hermano parece muy interesado por la belleza femenina de la Tierra, ¿eh, Doria?

—Sí — sonrió ella—. ¿Sabes una cosa? Me gustaría que se quedara aquí algún día... y creara su hogar. Júpiter está tan lejos, Mavick...

Ya Atlas alcanzaba a la joven pelirroja, de grandes ojos azules y dulce expresión. Había dos asientos vacíos junto a ella Ocupó uno, el inmediato a la joven, que se estremeció, sin atreverse a mirarle.

—Es una suerte que haya un asiento vacío junto al suyo — comentó Atlas, sonriendo—-. Buenas noches, Galia.

—Buenas noches, señor Konrad. Y no es una suerte — replicó ella—. Son los asientos reservados a la policía. ¿Olvidó ya que soy policía yo también?

—Perdone. Lo olvidé por completo. Prefiero recordar que es usted una joven inteligente, bonita y simpática, Galia. Me ha sorprendido verla aquí esta noche.

—¿Por qué? Todo el mundo visita este circo.

—Pero hemos coincidido. En un centro urbano con docenas de millones de habitantes, usted y yo coincidimos por segunda vez en el mismo día. Curioso, ¿no?

—Sí, no deja de ser curioso — ella logró dominar su turbación y mirarle, sonriente. Pero en el acto apartó la mirada. Los verdes ojos de Atlas Konrad tenían la virtud de confundirla—. Usted... usted no es de la Tierra, ¿verdad?

—No. ¿Se nota?

—Bueno, he leído que las razas desarrolladas lejos de la Tierra van evolucionando, dentro de lo humano, con mucha mayor amplitud que aquí, en la Tierra. Usted... usted es altísimo. Y de unas proporciones armoniosas.

—Bueno, en Júpiter soy uno de tantos — rio él.

—¡Júpiter! Eso está muy lejos... — ella reflexionó, contemplando la esferilla de juguete, que brincaba al extremo de su varilla magnética—. También dicen que el promedio de vida alarga la juventud en esos mundos hasta...

—No tema — Atlas soltó la carcajada—. Sólo tengo veintisiete años. ¿Y usted, Galia?

—Veinte — respondió, risueña—. Como ve, tampoco pertenezco a las especies supervitales.

—Mis hermanos, sí. Tienen cincuenta años cada uno. No representan mucho más que yo...

—Bueno, nosotros tendremos esa misma ventaja cuando lleguemos a su edad, a fin de cuentas — observó ella—. Pero me agrada saber que usted... es realmente todo lo joven que representa.

—Gracias. ¿Por qué le agrada que sea joven?

—Bueno, yo...—El delicioso rubor volvió a salpicar sus mejillas, y se encontró en una violenta situación—. Tal vez sea porque, a pesar de todos los progresos biológicos, me gusta que la gente sea realmente joven, y no tenga su vida prolongada artificialmente. Creo que es un sentimiento muy humano, ¿no le parece?

—Sí, ciertamente. Pienso como usted, Galia.

—Por cierto, no ha vuelto a decirme nada de lo que le llevó hoy a las oficinas de la Ley Federada. ¿Era... era cierto que temía usted una invasión interplanetaria, o bromeó cuando me lo dijo?

Atlas vaciló. Desviando la mirada de los caballos alados, artificialmente cultivados en Marte por granjas especiales de altos estudios zoológicos, terminó por declarar, con una mueca:

—Bromeaba, claro. ¿Quién va a creer seriamente en cosas así?

—Yo— dijo inesperadamente ella—. Yo lo creería, señor Konrad...

CAPÍTULO IV

LOS INVASORES



TLAS se tendió en el lecho flotante. La espuma que se mantenía en el aire, sobre soportes magnéticos, dentro de la acogedora alcoba en casa de sus familiares, acogió su cuerpo muelle, blandamente.

El joven viajero de Júpiter suspiró. Era su primera noche en la Tierra. Un extraño mundo aquel de donde él procedía, en el que la publicidad era una especie de gran monstruo desorbitado, que arrastraba masas a un espectáculo o a adquirir productos de la mágica electrónica actual. Un mundo ultramoderno, civilizado y cordial, donde había muchachas hermosas que eran

capaces de creer en uno. Hasta el punto, incluso, de admitir la posibilidad de una fantástica invasión planetaria.

Aún le daba vueltas por la cabeza la sorprendente afirmación con que Galia, la muchacha del Departamento de la Ley Federada, le había confesado que podía admitir la existencia de unos hipotéticos «invasores» de otro planeta. Era un recuerdo que no dejaba dormir a Atlas, y le excitaba considerablemente. Ni siquiera él sabía la razón de tal excitabilidad.

Galia le había confesado sus razones para creer en la extraña historia que nadie admitía. Se las había dicho con su voz suave, sensitiva y cálida, con su inteligente mirada clavada en él, acaso por primera vez desde que le conocía:

—Usted quizá va a reírse de mí, Konrad. Pero yo soy una persona muy sensible. Presiento las cosas, podría decirse. Aunque son algo más que presentimientos. Atribúyalo, si quiere, a nuestro mayor nivel mental actual, o acaso a una sutilización de todos los sentidos, por el artificio químico y biológico de la vida humana en el Siglo XXIV. Ese artificio crea una especie de psicosis en mucha gente. Psicosis de confianza, de orgullo, de soberbia, de haber llegado a lo más alto, allí adonde ya nada puede ser mejor. En otros, crea una sensación muy diferente. Ése es mi caso.

—¿Qué sensación, en concreto?—había querido saber Atlas, profundamente interesado por la disertación de la joven.

—La de una gran sensibilidad por las cosas que ocurren en derredor nuestro, por las reacciones ajenas y por el curso mismo de los acontecimientos. Somos como plantas excesivamente cultivadas. Se ha llegado a una saturación en reflejos, instintos, cerebro... Una especie de grado hipersensible, que nosotros mismos no sabríamos definir.

—¿Y bien?

—Esa hipersensibilidad es la que me preocupa. Creo que adivino cosas que no tengo la menor razón ni prueba evidente para admitir o creer. Capto algo, en torno mío, que yo misma ignoro lo que es. Pero que «existen. Que «está ahí», junto a mí, entre nosotros, Konrad...

—Me gustaría entenderla mejor, Galia.

—Y a mí me gustaría saber expresarme con mucha mayor claridad. Pero no puedo. Porque yo misma ignoro lo que es. Hay ocasiones... en que miro a la gente, estudio a los que pasan junto a mí. No hay nada raro en ellos, naturalmente. Sólo esa convicción de su propio valer, la soberbia de su grandeza humana actual. No son ellos, la gente, quienes más me preocupan. Es que... es que hay «algo». Algo que se respira, que se presiente, que casi podría palparse, con sólo extender la mano... sabiendo adonde extenderla. ¿Me va comprendiendo?

—No. Pero siga. Me intriga lo que está diciendo, Galia. ¿Debe un policía, aunque sea una muchacha encantadora como usted, dejarse guiar por hipersensibilidades e instintos?

—Rotundamente, no. Debemos guiarnos por pruebas, evidencias y todo eso. Pero no habla la mujer que trabaja con la policía, sino simplemente la mujer. Cuando he captado esas extrañas sensaciones, me he preguntado si no estaría sucediendo algo que nadie advierte. Que en su mecanización y artificiosa superioridad, la gente ignora y no percibe. Algo que puede terminar con nuestra soberbia, destruirnos quizás de una vez por todas...

—Ahora sí la entiendo — murmuró Atlas, impresionado—. Usted... usted no sabe si será una influencia extraterrestre o no. Pero sabe que hay algo.

—Eso es, Konrad — suspiró ella—. Me alegro de que me comprenda... Sí, me alegra mucho eso. Tal vez no sea tan disparatado como yo pensé.

Atlas le refirió entonces lo que había sucedido a bordo del monoplaza, la historia de la cinta magnetofónica y todo lo demás. Galia le escuchó en un profundo silencio. Y, al final, declaró roncamente:

—Yo le creo. Le creo, Konrad. Y es muy posible que ese enemigo invisible, que está ya entre nosotros según esas voces del espacio que usted captó... sea lo que yo presiento, lo que a veces casi he notado que me rozaba...

Y esta vez, en la voz serena de Galia, la muchacha policía, había habido un raro estremecimiento, una alteración inquietante. Algo... algo que podía ser miedo.

* * *

No, ciertamente. No era fácil dormir, con todas esas ideas batallando dentro de su cráneo, pugnando por formar algo concreto, una idea sola o un concepto claro de las cosas. Galia era una hipersensible, él un hombre criado y educado en un mundo muy distante de la Tierra, en una Colonia de Júpiter. ¿Podían fiarse de sus propias reflexiones e impresiones?

¿No cabía el error en ambos? ¿No era posible que fuese la otra gente, los que iban apaciblemente por las calles y aerovías, los que conducían sus turbo móviles o iban a divertirse en el Circo Aéreo, la que estuviese en lo cierto, y no hubiera nada que temer, en una época donde lo artificial había logrado crear una humanidad fuerte, serena y capacitada? ¿No era prácticamente imposible que los humanos de hoy pudieran ser vencidos por un enemigo fantasma, llegado de otras latitudes siderales?

No, Atlas no podía responder categóricamente a esas preguntas. Quizás porque él mismo, como Galia, tenía miedo. Miedo de la propia perfección humana actual. Miedo de que los artificiales seres humanos que la Ciencia había dotado de increíble longevidad, de salud a toda prueba y de una soberbia quizás ofensiva para Dios, su Creador, no fuesen lo bastante fuertes ni capaces como para afrontar un día el gran peligro de un azote llegado de muy lejos. De una plaga nueva, como las bíblicas maldiciones contra la soberbia del hombre enfrentado a su Creador, en una ridícula postura de altivez y orgullo...

Y quizás aquel mundo de los artificiales superhombres del siglo XXIV corría ahora, por primera vez, un grave peligro. Un peligro oculto, insospechado. Un peligro que nadie admitiría como cierto.

El peligro de unos «extraños», dispuestos a dominar a la especie humana sin que ésta se apercibiese de ello hasta que fuera ya demasiado tarde...

Atlas Konrad, al final, fue vencido por el cansancio y por el sueño. Se quedó dormido. Por primera vez, sus sueños conocieron un marco nuevo, el de un mundo que no le era aun suficientemente conocido: la Tierra.

Un mundo en el que Atlas no había tenido precisamente gratas emociones desde su llegada, sino otras muy diferentes. Emociones como la inquietud, la duda, la preocupación, el miedo...

Un miedo que no era por sí mismo, sino por los demás...

* * *

Despertó bruscamente. Con la repentina sensación de que algo sucedía.

No sabía lo que era. Pero se encontró erguido en el lecho flotante, esponjoso, con el oído agudizado, los sentidos tensos...

Estaba seguro de que existió algo. Un ruido tal vez. O quizás algo más sutil. Algo capaz de arrancarle el sueño.

Atlas saltó al bruñido suelo de la alcoba. Salió de ésta. No llevaba armas. No las había necesitado jamás. Sus solas fuerzas, atléticas, poderosísimas, le bastaban para enfrentarse a cualquier riesgo. Le habían bastado siempre, allá en Júpiter. La Tierra no tenía por qué ser distinta en ese aspecto. Atlas despreciaba las armas. Consideraba que solamente los débiles y los cobardes eran capaces de utilizarlas.

Y sólo ellos se sentían indefensos sin disponer de armas.

Salió al corredor. Descendió la escalera de la planta, hasta aquélla en que se extendía la terraza asomada al nivel en que los Konrad vivían, y donde su hermano y su cuñada dormían. No vio ni advirtió nada especial. Todo se mostraba tranquilo, en paz.

Asomó al cuarto de la pareja. Sonrió. Mavick dormía apaciblemente. Y, a su lado, Doria también aparecía sumida en profundo sueño. Nada anormal. Absolutamente nada.

Atlas regresó hacia el piso alto. Cruzó la salita. Contempló un objeto caído en el suelo, cerca de la vidriera asomada a la terraza. Esta vidriera estaba abierta, y algo había hecho caer una de las graciosas esferas de juguete del Circo Aéreo. Quizás la corriente.

Sonrió, recogiéndola y volviendo a situarla sobre una repisa de negro vitroplast, adosado al muro gris. Cerró la vidriera, para evitar que otro golpe de aire produjese ruidos alarmantes.

«Atlas, debes dominar tus nervios» — se dijo—. «La tierra te ha alterado

excesivamente, muchacho. ¿O ha sido una damita de la Tierra...?»

* * *

—¿Y tus planes para hoy, Atlas?

El joven Konrad sonrió, viendo llegar a Doria., con la bandeja del desayuno. En una época de artificio, los alimentos continuaban siendo naturales. Las gentes no habían transigido con las píldoras vitamínicas ni los concentrados microscópicos. Aún se servían manjares, vinos y frutas. Al menos, el hombre aún continuaba fiel a algo de su pasado entrañable.

—No sé— Confesó Atlas—. Es posible que vuelva a la Torre Internacional.

—¿Otra vez a la policía? — se sobresaltó Mavick —. ¿Para qué, muchacho?

—No, no es otra denuncia — rio el viajero de Júpiter—. Esta vez es otra cosa: una dama...

—Una dama—Mavick soltó una breve risa, guiñándole un ojo a su hermano—. Entiendo, muchacho. Es esa chica del circo, ¿eh? La pelirroja de ojos azules...

—Eso es — asintió Atlas —. ¿Tengo mal gusto?

—Ni mucho menos — respondió Doria, su cuñada, depositando las tazas de ardiente café sobre la mesa—. Es una muchacha encantadora. Te felicito, Atlas.

Pensativamente, Atlas Konrad dejó vagar la mirada por la vista de la ciudad bajo el sol. Centroeuropa-Ciudad tenía un encanto diferente a la luz diurna. Pero no parecía tan palpitante y llena de vida como durante su noche.

—Ella coincide conmigo en muchas cosas — explicó Atlas—. Por eso me agrada.

—No pierdes el tiempo, Atlas. En unas horas... y ya una bella muchacha hizo amistad contigo. Enhorabuena, hermano. Eso te hará olvidar un poco las tonterías de ayer.

—Oh, eso...—Atlas hizo un gesto incierto—. Si, puede que sí... Aunque incluso en eso compartimos criterio. Galia está de acuerdo conmigo. Teme... teme que hay algo raro entre nosotros.

Mavick no le respondió. En vez de eso, miró con irritación a su mujer, que había volcado un poco la bandeja del desayuno, derramándose encima el café humeante.

—Ten cuidado — avisó—. Por poco dejas a Atlas sin desayuno...

—No, sólo ha sido una taza —sonrió Doria, secando con indiferencia su mano, en la que había caído todo el contenido del recipiente—. Ya me serviré otra...

Dejó el desayuno en la meso. Se alejó luego hacia el interior de la casa.

Atlas Konrad sorbió su propio café. No tenía ganas de comer. Tampoco Mavick.

Al final, se incorporó, y Mavick lo hizo con él, sonriente.

—¿Ya te vas, hermano?

—Sí. Volveré, a la hora de comer. Y tendremos todo el día para nosotros, Mavick.

—A ver sí es cierto. Estoy deseando mostrarte la ciudad, todo cuanto posee de interés. Pero ve ahora; sé que nada ni nadie puede competir con una chica bonita...

Riendo, Atlas palmeó la espalda de su hermano y abandonó alegremente la casa. El atlético muchacho rubio de Júpiter se sentía un poco como un muchacho en su primer encuentro con el mundo, Acaso porque, aun en medio del artificio del siglo XXIV, la Tierra seguía siendo más natural y humana que los planetas colonizados, fríos y estereotipados, demasiado asépticos hasta en el contacto humano y la continuidad de la especie.

Galia levantó la cabeza de la mesa cuando le vio aparecer y enrojeció levemente, como le ocurría siempre que el gigante rubio aparecía ante ella.

—¿Usted otra vez? — rio, dominando su nerviosismo—. Por Dios, Atlas Konrad, ¿va a hacer otra denuncia hoy?

—No — él también soltó una breve risa—. No hay más denuncias. Vengo a hacerle una petición: ¿por qué no me enseña la ciudad?

—¿Yo? — ella se sorprendió —. Pero si tiene usted familia...

—Bueno, mi hermano me mostrará Centroeuropa- Ciudad más tarde —confesó él—. Pero usted... usted podría anticiparse. Basta con que, al terminar su tarea matinal aquí, acceda a pasear conmigo, a dejarme ver las cosas a través de su propio prisma... Será algo diferente. Será conocer la ciudad... y la Tierra entera.

—Está bien—-suspiró Galia—-. Es usted irresistible pidiendo las cosas. Iré...

Y fueron. Antes de que se cumpliera su horario habitual, otra compañera suplía a Galia en la oficina. Y Atlas Konrad se encontró recorriendo la gran urbe en el fabuloso tobogán de las aerovías surcadas por turbomóviles, como una montaña rusa ingente, que surcaba toda la ciudad de millones y millones de seres, en un recorrido ondulante, altísimo, de millas y millas de vías elevadas. Con la ciudad a sus pies. Quizás con el mundo entero...

—Aquello es la Zona Residencial. Más allá, tiene las estaciones ferroviarias A, B, C, D... Y las tres terminales de turbotrenes. Vea la Región Sideral, con los grandes radiotelescopios, el Planetarium y la estación de turbo-taxis con destino al enorme cosmódromo.

Galia iba mostrándoselo todo, con simplicidad y precisión. El aire de las alturas agitaba su roja melena como una antorcha llameante en la mañana. El

cabello de plata de Atlas era también sacudido por el fuerte aire que le obligaba a entornar los ojos verdes, fulgurantes. Aquello era distinto. Era la vida, la vida en su plenitud. Una vida imposible de conocer bajo la estructura artificial de las ciudades de Júpiter y sus campanas magnéticas, que servían para encerrar el aire respirable, oreado por medios químicos.

Aquí, todo era natural. A pesar del artificio del hombre, la naturaleza se mantenía fiel a su creación original. Como un permanente recuerdo a los humanos de que la fuerza de Dios era aún más grande y estremecedora que todas.

—¿Me escucha, Konrad?—Indagó ella, al observar que él miraba hacia ella, y no al paisaje, allá al fondo.

—Claro, Galia. La escucho. Y la admiro. A usted, a esta tierra, a este mundo, capaz de tales maravillas. No sería justo que todo esto desapareciera un día.., porque algo o alguien se empeñara en crear aquí un mundo a su antojo y medida.

—¿Sigue empeñado en pensar eso, Atlas? ¿En… en «los invasores»?

—Sí. Lo pienso. No puedo evitarlo, Galia, y eso que desearía que no fuera así.

—Yo tampoco puedo evitarlo. — Dejó de ocuparse de las bellezas urbanas, para atenderle exclusivamente a él—. Pero debe ser absurdo, una simple idea nuestra sin sentido, Atlas. No... no hay ninguna base en que formarse, salvo esa supuesta conversación espacial que usted captó... y mis propias corazonadas de niña tonta.

—No, Galia. Usted no es una niña tonta, ni mucho menos. Venga. Vamos a tomar algo en alguna parte., y descansará un poco de su labor de cicerone. ¿De acuerdo?

—De acuerdo — rio ella.

* * *

Era un lugar singularmente quieto, apacible. Un extraño rincón íntimo, en una urbe millonaria en habitantes, rica en bullicio, tráfico y pálpito vital. Podía haber pasado por una vieja cervecería del Siglo XX o una cafetería de principios del XXI. Pero en modo alguno parecía un lugar del año 2355.

—¿Cómo lo halló, Galia? —deseó saber Atlas—. En Júpiter no tenemos locales así. Parecen de otro tiempo. Incluso en la Tierra, veo que no abundan.

—Siempre existen rincones así, si una sabe buscarlos — dijo ella, acomodándose a su lado en el rincón umbrío de la sala con olor a bebidas tradicionales, a café, a todo lo que había quedado prácticamente atrás en el tiempo—. Me alegra que le guste. Cuando quiero algo de paz, lejos del ritmo de hoy, vengo aquí.

A través del ventanal, que se abría ante la mesa ocupada por ellos, solamente se descubría una ala meda arbolada, y la aerovía descendente hacia

los canales. Un polícromo anuncio del Circo Aéreo salpicaba de color un muro.

Habían, pedido café. El camarero acudía con dos tazas. Nada de servidores-robot. Nada de monedas en una rendija y servicio automático. Seguía siendo algo de otro tiempo.

El camarero dejó la taza de café ante cada uno de ellos. Se alejó, muy solemne. Riendo, Galia comentó:

—Es típico en todo. ¿Se ha dado cuenta? Incluso ha metido el pulgar en el café, al servirlos. Eso nunca lo haría un servidor-robot. Maravilloso, ¿no cree?

Atlas asintió, riendo, y sorbió su propia taza. Lanzó un respingo. La infusión quemaba. Ella también se quemó, y coreó su risa,

—No sé cómo no se abrasó él los dedos — comentó Galia, divertida—. Esto arde...

Atlas no dijo nada esta vez. Había arrugado el rubio ceño, mirando a su compañera. Luego, estudió al viejo camarero, que bostezaba apoyado en el mostrador. Junto a él, había una vitrina de paquetes de cigarrillos y fósforos, que era automática.

—Espere — dijo en voz baja inesperadamente.

Se levantó. Cruzó el salón y se paró ante la vitrina de los cigarrillos. El camarero le miró, indiferente. Atlas Konrad echó una moneda. Salieron cigarrillos y fósforos en envases metálicos. Extrajo un cigarrillo. Lo encendió con un fósforo plástico. Contempló, pensativo, su llama.

Tenía al camarero junto a sí, con las manos cruzadas. Soltó el fósforo. Lo hizo de tal modo, que cayó sobre las manos del camarero. La llama tocó su piel. Rebotó, tras un segundo en que ardió sobre la mano. El camarero miraba a otro lado, y no se inmutó. No notó la quemadura.

Atlas pisó el fósforo en el suelo cuando el camarero giró curiosamente la cara hacia él.

—¿Quiere algo, señor? — preguntó, solícito.

—No, nada — negó Atlas, tenso. Y se alejó con paso elástico, hasta volver junto a Galia. Se inclinó, dejando una moneda sobre la mesa—. Vámonos.

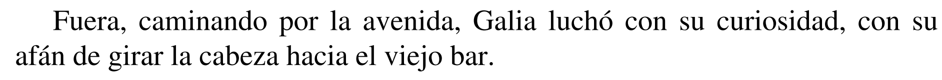
—¿Eh? — Ella le estudió, perpleja—. Pero, Atlas, ¿qué significa...?

—Vamos, pronto. Salgamos de aquí. Sin prisas, Galia. Normalmente.

Ella se puso en pie, obedeciendo. El camarero, apático, les vio salir con gesto de extrañeza. Fue a recoger la moneda, la contempló intrigado, y volvió a mirar hacia la avenida, por la que se alejaban los dos jóvenes. Regresó, despacio, al mostrador.

—Lo han notado —dijo—. No sé cómo... pero lo han notado. Hay que evitar que vayan lejos.

Levantó el receptor televisofónico. Hizo una llamada...



Fuera, caminando por la avenida, Galia luchó con su curiosidad, con su afán de girar la cabeza hacia el viejo bar.

—No se vuelva — pidió Atlas roncamente—. No demuestre interés por el bar, Galia.

—Pero... pero ¿puede decirme qué es lo que ocurre, Atlas? El lugar le gustó...

—Me gustó, sí. Pero no me gustó que ese hombre no se quemara. Ni con el café, ni con el fósforo.

—Pero... pero no logro entender...—balbuceó ella, sin dejar de caminar junto a él.

—Esta mañana, tampoco mi cuñada Doria se quemó. Y el café estaba ardiendo. Es... es como si tuvieran la piel cauterizada. Usted, sin embargo, se quemó igual que yo, al sorber ese café donde el camarero metía su dedo.

—Bueno, sí. ¿Qué tiene eso que ver con...?

—Galia, los humanos de la Tierra pueden ser diferentes en algo a los de Júpiter, a los que nos hemos criado allí. ¿Hasta qué punto? ¿Son sensibles a las quemaduras?

—Por supuesto, Atlas. Como todo el mundo.

—Bien. Entonces, ya tenemos una respuesta. Por horrible que nos parezca.

—Quisiera lograr entenderle... — Quiso parar, pero Atlas no la dejó. Iba cogido a su brazo, y siguió arrastrándola consigo—, ¿Qué es lo que pretende decirme, en suma?

—Esto, Galia: ya he encontrado a los invasores de la Tierra.

—¿Quéeee? — estalló ella, estupefacta. Le miró como si estuviera loco—. ¿Delira?

—Ojalá — habló él amargamente—. No hay humanos que sufran quemaduras sin advertirlas. Luego éstos...no son humanos. No sé lo que serán, pero no son personas normales. Ni siquiera mi cuñada Doria. Quizás ni mi propio hermano.

—¡Atlas! ¡Eso... eso es una atrocidad!

—Exacto. Una atrocidad. Pero yo la he creado. De cualquier modo, ya está iniciada esa invasión. Teníamos razón en presentir algo. Ellos están aquí. Son nuestros amigos, nuestros parientes, la gente con la que nos cruzamos por la calle... ¡Hay muchos seres artificiales, Galia! Hombres que no lo son... Y que sólo Dios sabe lo que serán....

S E G U N D A   P A R T E

ATLAS Y LOS «ARTIFICIALES»

CAPÍTULO PRIMERO

ANGUSTOSIO CERCO



L horror hizo presa en ella. A pesar de las advertencias susurradas por Atlas Konrad, su gigantesco compañero de pelo plateado y piel broncínea, Galia se detuvo en medio de la larga alameda bordeada, de árboles artificialmente cultivados, y que terminaba en el alto puente que se elevaba, serpenteando entre edificios, hacia los niveles superiores de Centroeuropa-Ciudad.

—¡Atlas! — jadeó, mortalmente pálida—. No... no puedes sugerirme, afirmar... que... que ese camarero... que tu cuñada misma... que acaso tu hermano... no sean humanos.

—Es lo que he dicho — aseguró sombríamente el viajero de Júpiter—. Y será mejor que sigas caminando, Galia. Mucho mejor.

Lo hicieron. Se habían empezado a tutear como dos seres que se conocieran de toda la vida. La excitación del momento hacía olvidar prejuicios, ideas de protocolo y de educación social. Eran dos seres. Dos personas huyendo de «algo». Preguntándose adonde ir, después de atisbar una verdad escalofriante e inadmisible.

Un hombre y una mujer. Una constante eterna, una ley inamovible de la especie, no importaba de donde procediera cada uñó, ni a qué vida estuviera adaptado. Eran hombre y mujer. Jóvenes, capacitados, fuertes. Y asustados. Tremendamente asustados,

Avanzaron bajo las hileras de árboles. Se cruzaron con personas, peatones pasivos que, en vez de utilizar sus pies, se dejaban llevar por las «aceras magnéticas», bandas metálicas automáticas que les conducían sin esfuerzo. Ellos, no. Caminaban por el centro de la, calzada gris, sin vehículos. Algunos, les miraban con curiosidad. Atlas se preguntó cuántos de ellos eran realmente lo que aparentaban.

—Pero... pero eso no puede suceder, Atlas — insistió ella, trémula, dejándose casi arrastrar por él—. Si vamos a decir esto a la policía, al coronel Brauner, por ejemplo, se reirán de nosotros...

—Claro que se reirán. Eso, los que no sean «extranjeros» en este mundo. Y ya sabes lo que quiero decir al utilizar la palabra «extranjeros», en este caso. Pero ni siquiera ese riesgo podemos correr. Quizás Brauner, tu jefe, es otro de «ellos».

—¡Oh, no!...

—Eso explicaría el cambio de la cinta... por una perfectamente inútil.

—Pero... pero tu hermano y tu cuñada oyeron esa cinta. Ellos, si no son los que aparentan ser... hubieran impedido que tú... acudieras a la policía.

—Sí, tal vez — confesó Atlas, ceñudo—. Pudo ser así. Pero quizás ellos pensaron que nadie iba a creerme... No, no, Galia. No es eso.

—¿Qué, entonces?

—Cuando llegué a la Tierra, todo me pareció normal, apacible. Mi hermano «era» mi hermano. Doria, mi cuñada, «era» Doria. Ha sido... ha sido hoy cuando algo cambió, cuando ellos no me parecieron los mismos. Lo intentaban, pretendían serlo... Pero algo era diferente, y yo no sabía el qué.

—Por tanto, la diferencia ha tenido lugar... entre ayer y hoy. ¿Anoche, acaso?

—Anoche... — Un recuerdo emergió en la mente de Atlas, sobreponiéndose a la confusión. El recuerdo de un ruido, de una vidriera abierta, de un juguete caído... y sus familiares durmiendo apaciblemente. Pero ¿eran ya ellos mismos? La voz de Atlas musitó, tras un silencio que sólo rompían sus pisadas en el asfalto plástico de la urbe, y el zumbido lejano de los aerovías y los turbomóviles —: Sí, quizás anoche, Galla.

—Pero, Atlas, ¿cómo han podido suplantar a los humanos auténticos? Eso sólo sucede en la mala literatura...

—Al parecer, ha dejado de ser literatura, para convertirse en algo mucho más tangible, Galia. Está ocurriendo ahora. Alrededor nuestro. Quizás nosotros mismos... seremos suplantados en breve.

—¡No!—El terror asomó a las azules, dilatadas pupilas de la hermosa Galia—. No, Atlas, no puede suceder eso... Somos nosotros, estamos conscientes, sabemos el peligro que nos acecha...

—¿Lo «sabemos» realmente? — sonrió él, con ironía. Meneó su rubia, atlética cabeza de Apolo sideral—. No, querida. No sabemos apenas nada. Sólo que no hay gente normal alrededor nuestro, que muchos han cambiado y ni siquiera se queman o sienten nada físico. Eso es lo único que sabemos. Nada de su naturaleza, de su forma real, de su origen, de su especie, de su apariencia tras la máscara del artificio...

—¿Acaso multiformes, una especie polimorfa, capaz de transformarse a

voluntad? — arguyó con cierta lógica la muchacha.

—Acaso...—Atlas, escéptico, se encogió de hombros —. ¿Quién puede saberlo todavía? Y quizás cuando lo sepamos..., ya sea tarde.

—¡Atlas! — Ella se paró en seco. Señaló, trémula, ante sí—. ¡Mira eso!

Konrad miró.

Estaban subiendo la rampa suave, metálica, del esbelto y atrevido puente aéreo que conducía al Nivel Uno de la gran urbe europea. Atlas Konrad se estremeció ligeramente. Sus ojos reflejaron algo parecido a la angustia, al brillo desesperado de la fiera acorralada por un grupo de cazadores.

—No te alarmes — susurró—. Sigue caminando. Sigue a mi lado, Galia. Camina normalmente. Pero alerta. ¡Muy alerta!

Oprimió su brazo con fuerza. Tiró de ella, dueño de sus nervios. El gigante de pelo plateado siguió el camino a largas zancadas. Con los verdes ojos fijos en aquello que había alarmado a su compañera.

No eran monstruos ni parecían peligrosos siquiera. Simplemente una formación de policías uniformados, caminando marcialmente por la calzada. Sólo que cubrían la totalidad de la anchura de ésta, y las bandas laterales de las aceras automáticas mostraban a otros hombres, éstos sin uniforme, pero extrañamente rígidos y con la vista fija en ellos. Como cerrándoles todo paso.

—No nos dejarán pasar, Atlas — murmuró—. Lo presiento. Vienen por nosotros. ¡No son policías normales! Ellos nunca caminan así...

—Deja todavía. Acaso te dejes llevar por el histerismo, querida — murmuró Konrad—. Espera...

Ya estaban llegando los unos al encuentro de los otros. Los policías de verde uniforme no se apartaban de la calzada. Ellos, tampoco. Se pararon al fin, frente a frente. En las aceras, hombres de rostro inexpresivo se situaban en pie al borde de las bandas magnéticas, para cerrar el paso.

—Sus documentos, por favor — pidió el oficial que mandaba la patrulla.

—¿Por qué, oficial? — replicó Galia fríamente. Mosteó su insignia en el pecho —. Soy funcionaría de la Ley Federada. No tengo por qué mostrar documentos a nadie. Y este joven es... es mi prometido. Déjenos pasar, oficial.

—Lo siento, señorita — replicó con una sonrisa el otro—. No puedo dejarla pasar. Buscamos a dos dementes, dos jóvenes escapados de una clínica de enfermos mentales. Y, precisamente, parecidos a ustedes. ¿Quieren enseñarnos los documentos, por favor, o será preciso apelar a la fuerza?

Atlas Konrad reflexionó rápidamente. Enfermos mentales. Era la excusa. Si protestaban, si gritaban, serían igualmente arrestados. Los que presenciaran la escena no harían mucho caso de lo que dijeran dos jóvenes acusados de demencia.

—Está bien, oficial — cortó Atlas inesperadamente—-. Creo que mi... mi novia se ha excedido en su irritación. Claro que le mostraremos nuestras

tarjetas de identidad. No tenemos nada que ver con esos dementes que usted cita...

—Eso está mejor, señor —sonrió el oficial, todo obsequioso —. Si ustedes no son Atlas Konrad y Galia Tarr, no tienen que...

Fue entonces cuando Atlas se convirtió en algo frenético, parecido a un huracán. Sus brazos se movieron como aspas de molino, y descargaron una lluvia de golpes sobre los confiados policías que les cerraban el paso.

Sucedió algo extraño, fantástico, increíble. Galia gritó largamente al presenciarlo, sin poder dar crédito a sus ojos.

Las figuras humanas, uniformadas, dejaron de parecer nada humano, para convertirse en simples objetos de goma, algo inanimado y débil, que cedía blandamente a los impactos tremendos de Atlas. El oficial, que había levantado un arma contra Konrad, al ser aferrada su muñeca por los dedos de acero del hombre de Júpiter, perdió esa mano, que se desprendió fácilmente... sin sangre ni huesos.

Luego, el directo de Atlas fue a la cabeza de otro policía. Esa cabeza, separada del tronco brutalmente, fue como la cabeza de un guillotinado. Saltó por el suelo, desgajada del cuello que la soportaba. Pero ni una gota de sangre escapó de lo que, de otro modo, hubiera sido una horrenda mutilación. En vez de eso, quedaron jirones de materia gomosa, plástica, donde antes había un cuello normal.

Las figuras huyeron, dejando a Atlas junto a los cuerpos rotos, desgajados como monigotes de cera. Alcanzó a otro y le arrojó por el borde del puente. Le vio desparramarse, hecho fragmentos color carne, en el fondo de la calle desierta.

—¡Cuidado, Atlas! — chilló a sus espaldas Galia.

Konrad se volvió. Llegó a tiempo de ver a dos de los hombres de la acera automática, extrayendo pistolas electrónicas contra él. Se lanzó al suelo en una zambullida apremiante. El chorro azul de la pistola, desgajó y pulverizó el metal y la piedra plastificada del puente, donde él se hallaba un momento antes.

Después, Atlas se incorporó con velocidad centelleante, trabó un zig-zag vertiginoso... y otra zambullida espectacular le proyectó sobre los dos hombres armados. El segundo impacto llameante, azul, de la pistola electrónica, se perdió con un sibilante maullido en el aire puro de la mañana. Atlas había caído sobre él, y su puño se hundió en su cuerpo, penetrando como si fuera gelatina o papel. Le desgarró, haciéndole un boquete pavoroso. Luego, un zurdazo impresionante le segó la cabeza en dos mitades. Pero siguió sin sangrar, sin mostrar músculos, huesos ni fibras humanas. Sólo una piel, una cobertura blanda, plástica, frágil, que cedía como cáscara de huevo a sus golpes.

Al mismo tiempo, cuando ya el segundo enemigo se aproximaba hacia él

con un arma, Atlas soltó su pierna, disparando el pie con un brusco martillazo al rostro del otro. Fue como pisar un trozo de vidrio.

Saltó, pulverizado, en fragmentos color carne, la cara del hombre. Se quedó el cuerpo sin cabeza. Y la mano armada, se vio sin arma y sin dedos. Éstos rodaron por el suelo como simples dedales huecos.

—¡Socorro, Atlas, socorro!... — clamó la voz desesperada de Galia, a su espalda.

Atlas giró, con un rugido. Vio a la muchacha. Golpeaba sin descanso a uno de los falsos oficiales de policía. O quizás éste no fuera falso, porque los golpes de Galia caían sobre él como una lluvia, y no le afectaban. La había rodeado con sus brazos, y se la llevaba consigo a rastras, amenazando a Atlas con un arma.

—¡No se acerque! — aulló el policía—. ¡No lo haga... o ella morirá!...

Konrad vio que el enemigo, llevándose consigo a Galia, se aproximaba más y más al aparcamiento de un turbomóvil situado allí. Si subía allí y se alejaba con ella, podría perderla para siempre.

Atlas vaciló unos instantes, sin saber qué resolución tomar. Pero siguiendo paso a paso al enemigo mientras éste retrocedía y Galia le golpeaba en vano.

—¡Le he dicho que no se mueva! — rugió el otro —. ¡Es la última vez que le aviso!

Atlas Konrad se paró, con la fría mirada verde fija en su antagonista. Y en la pálida, desesperada faz de la infortunada Galia, su compañera en aquella aventura alucinante.

—¡No puedo! ¡No puedo nada, Atlas!—sollozó ella—. ¡No debe de ser como los otros!

—O quizás tú no seas como yo, Galia — musitó Atlas roncamente—. Son seres artificiales, Galia. Auténticos muñecos falsos, humanos imitados en una materia frágil... Frágil para mí, que soy un hombre de Júpiter. Mi naturaleza, adaptada a un lugar como el planeta gigante en que he nacido, es mucho más fuerte, evidentemente, que la humana. Y «ellos» han sido creados para soportar la fuerza terrestre, no la jupiteriana. Ese debe de ser el secreto de su vulnerabilidad a mis golpes...

—Muy listo, sí — silabeó el «extraño», sin soltar a Galia, ni dejar el arma que apuntaba a Atlas—. Usted es muy listo... y muy fuerte. Demasiado. Pero le destruiremos. Y entonces, todo será fácil...

—Sabe que no podrán destruirme — jadeó Konrad—. No podrán hacerlo, hatajo de monigotes. Todavía soy el más fuerte...

—¿De qué pueden los músculos frente al cerebro?—rio el otro—. ¡Y nosotros somos todo cerebro! ¡Estamos dominando este planeta fácilmente... y lo dominaremos aunque usted se oponga!

Atlas se movía, maniobrando hábil, astutamente, para acorralar de algún

modo al ser falsamente humano. Pero no era fácil sorprenderle. Estaba en guardia, y retenía, como un escudo humano, a Galia ante sí. No podía intentar nada, sin poner en grave riesgo la vida misma de Galia.

—Atlas, por el amor de Dios... — suplicó ella roncamente—. No dejes... no dejes que me lleve con él. ¡Prefiero morir, cien veces morir... a ser su prisionera!

—No puedo — silabeó él—. No puedo, Galia. No tendría valor para destruirte, sólo por destruirle a él. No vale lo que un solo cabello tuyo. Es un pelele, un artificio sin valor, una marioneta más de esta falsa y grotesca historia que estamos viviendo absurdamente.

—¡Atlas, pero, es que... es que me lleva consigo!—gimió, sintiéndose arrastrada, cada vez más cerca del puente. La plataforma de aparcamiento de turbomóviles flotaba como mía extraña flor metálica, adherida al puente en su parte externa, sujeta sobre el abismo por invisibles ondas magnéticas. Allí, un solo turbomóvil aguardaba. El que el «extraño» pensaba utilizar para evadirse con Galia.

Atlas, crispado, impotente a pesar de su fuerza sobrehumana, asistía al rapto monstruoso, sin poder hacer nada por evitarlo.

—Está bien — jadeó—. ¡Le destruiré! ¡Le destruiré, si es necesario! ¡Aunque Galia y yo mismo caigamos!

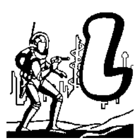
Cargó sobre el otro. Pero éste, velozmente, logró tirar a Galia dentro del turbomóvil, saltar en pos de ella y aferrarse a los mandos. Cerró la portezuela y arrancó.

Atlas Konrad chocó contra la carrocería metálica, curva y bruñida. El impuso violento del vehículo a turbina le hizo oscilar sobre la precaria plataforma aérea, con un rugido pretendió aferrarse a alguna parte del cromado exterior del vehículo, y la fuerza expansiva de los reactores de cola del esbelto vehículo le lanzó atrás definitivamente.

El turbomóvil escapó vertiginosamente, dejando tras de sí una estela llameante, y Atlas, perdido definitivamente su equilibrio, cayó al vacío, más de cien metros por encima del nivel de la calle...

CAPÍTULO II

¡D O M I N A C I Ó N!



A figura atlética del joven jupiteriano, su enorme manojo de músculos elásticos y perfectos, rodó hacia el abismo urbano, frío y estilizado. Iba dando tumbos, descendía a plomo, para ir a estrellarse inevitablemente en el asfalto plastificado de las avenidas de Centroeuropa-Ciudad...

Pero, en su mente, durante aquellos trascendentales momentos, ni siquiera existía la conciencia de su propio desastre, de su final apocalíptico, en el fondo de las calles desiertas del Siglo XXIV.

En realidad, Atlas Konrad sólo tuvo pensamientos para dos cosas, para dos grandes horrores que no iba a poder ya evitar, ni combatir siquiera hasta la muerte, puesto que ésta le llegaba sin tiempo de afrontar el gran problema: Galia, en poder de los monstruos da apariencia humana y tejido frágil; y la Tierra toda, a punto de seguir el destino atroz de aquel camarero, de aquellos policías insensibles a las sensaciones humanas, de su propio hermano y cuñada, dominados ya por la angustiosa «cosa» que había caído sobre la Tierra...

Pensamientos vertiginosos como su propia caída, que desfialaron por la mente de Atlas como ramalazos últimos de una vida.

Después, Atlas Konrad se estrelló en el asfalto mortal...

*   *   *

O hubiera tenido que estrellarse, en buena lógica.

Pero algo había sucedido. Algo milagroso, en lo que su fuerza no tuvo parte alguna. Algo que quizás jamás volvería a sucederle a nadie, en siglos enteros.

Su cuerpo, describiendo una trayectoria parabólica, había ido a pegarse a los altísimos soportes metálicos del gran puente aéreo. La velocidad misma de

la caída le hubiera impedido aferrarse a parte alguna de la lisa, tersa superficie arquitectónica.

Pero algo actuó por él. Quizás una fuerza desconocida, quizás el azar. Quizás la voluntad misma de Dios...

Lo cierto es que, bruscamente, Atlas Konrad vio frenada su caída hacia la muerte. Se sintió sujeto por algo, que tiró rudamente de él hacia arriba y que hubiera rasgado sus ropas, de ser tejidos antiguos, como los de los Siglos XX y XXI. Pero el plástico metalizado, habitual en la Tierra y en Júpiter por entonces, resistía tirones así, e incluso superiores.

Colgado en el vacío, en los últimos veinte metros de caída, comprobó, estupefacto, aturdido aún, que en realidad era una de las esbeltas, ligeras pero fortísimas traviesas plastmetálicas del gran ojo central del puente, la que, desprendida de su remache con los pilares, asomaba como una punta de lanza roma, en el vacío. Casual era, milagroso casi, que un cuerpo en el aire fuese cazado por aquella traviesa, y enganchado en el tejido resistente.

Éste crujió, pero ya Atlas se sentía seguro, frenado el impulso mortal de la caída. Su propia elasticidad, de hombre habituado a gravedad planetaria mucho mayor, quizás había ayudado al milagro. De cualquier modo, sus labios se movieron, modulando una plegaría fervorosa:

—Dios mío, gracias... ¡Gracias!...

Luego, los crujidos subsiguientes ya no le importaron. Él mismo procuró desprenderse y saltar aquellos doce o quince metros. Su enorme figura de atleta sabía saltar, especialmente sobre suelos de tan leve gravitación como la terrestre. Tocó tierra con las piernas flexionadas hábilmente.

Miró la vibrante traviesa metálica, que aún oscilaba ligeramente, tras haberle salvado la vida. Apretó los labios, subiendo algo más su mirada. Hasta el azul de los espacios surcados y conquistados por el hombre. Pero en realidad, los ojos de Atlas querían ir más allá. Mucho más allá de todos los planetas y mundos creados. Donde quizás se ocultara la razón de su milagroso salvamento de ahora...

Tal vez la Humanidad le necesitaba demasiado, para perderlo. Tal vez...

Caminó, grave y sombrío, por las calles desiertas. Al parecer, nadie había advertido el suceso. Esperaba que tampoco «ellos»...

Aún era tiempo. Tiempo de luchar, de morir luchando. Ahora con mayor motivo que nunca. No solamente su familia, sino la propia Galia, la dulce, bella y leal Galia, había sido absorbida por el poder siniestro que invadía la Tierra lenta, silenciosa, solapadamente. Que suplía los hombres por extraños entes artificiales, de tejidos frágiles y vacíos, de un cuerpo insensible al dolor, a las emociones...

Se sintió singularmente extraño en aquellas avenidas desiertas. La ciudad, la fabulosa Centroeuropa-Ciudad, le parecía más fría e inanimada que nunca. Artificial hasta la médula. Quizás porque ya ni siquiera le iba quedando

palpito humano, absorbido por... por «aquello».

Se preguntó cómo sucedían las cosas. Cómo tenía lugar la absorción del ser vivo, y la suplantación por la marioneta artificial. Pero aquello resultaba enloquecedor, y era preferible no pensarlo.

Sabía que nunca más vería a Galia. Ella había sido arrebatada por la fuerza misteriosa que movía a los artificiales, y era inútil esperar rescatarla. ¿Adónde podían haberla llevado? ¿En qué remoto escondite se hallaba la especie siniestra?

Y, si realmente se encaraba a un peligro tan inteligente como parecía, la orden de los invasores ahora, sería escueta y concreta: ¡destruir inmediatamente a Atlas Konrad!

Porque ahora, desaparecida Galia para siempre, sí lo quedaba él, conocedor de lo que estaba sucediendo bajo la epidermis de la Tierra y sus gentes. Sólo él... aunque nadie fuera a creerle. Si es que quedaba alguien realmente humano, en algún lugar de la ciudad invadida, del mundo todo...

Atlas Konrad se detuvo en un cruce de vías desiertas. Había allí turbomóviles aparcados. Tomó uno. Le era indiferente convertirse en ladrón de vehículos. Ya, hasta eso había dejado de tener auténtica importancia.

Condujo vertiginosamente, de regreso a casa. Volvía junto a Mavick y Doria, sus hermanos. O mejor dicho, junto a las marionetas que ellos eran ahora.

En su mente, ya sólo existía una idea. Pija, rotunda: luchar, luchar hasta morir, hasta el fin que preveía cercano...

* * *

Aparentemente, todo continuaba igual en la casa. Doria le recibió con una sonrisa, y gesto realmente sorprendido. No le esperaba tan pronto. Mavick había salido.

—He paseado mucho — suspiró Atlas lentamente, dejándose caer en el asiento de la terraza—. Me siento cansado, Doria.

—Duerme, entonces-—le sugirió su cuñada, afectuosamente—. Vamos, descansa un poco. Cuando venga Mavick, te llamaré. ¿De acuerdo, querido?

—Sí, es posible que haga eso. Creo que la Tierra me fatiga más que mi propio planeta...

—¿Y esa chica?— sonrió Doria—. ¿No la viste por fin?

—Oh, sí, si — murmuró—. Se fue, Doria. Se fue...

Hablaba somnoliento. Se incorporó de su asiento y se dirigió a su alcoba. Doria, solícita, le preguntó si deseaba algo.

—No — negó él —. Llámame cuando venga Mavick. Eso es todo.

—Descuida. Lo haré, Atlas. Descansa tranquilo. Cuando despiertes, todo será diferente, ya verás...

Atlas Konrad no respondió a eso. Se metió en su habitación, sin cerrar la puerta. Entreabrió el ventanal asomado a la gran urbe, orgullo del genio arquitectónico terrestre. Quizás dentro de pocos años, la hilera y la podredumbre minara los edificios, y se convirtiera en una selva impenetrable, donde anidaran las alimañas. Ninguna raza no humana podría mantener jamás aquella belleza.

Se tendió en el lecho. Su mirada vagó, pensativa, por el techo cromado de la estancia, por los estilizados muebles y las apacibles cortinas, por los adornos modernistas, por objetos incongruentes, como aquel juguete del circo, la pequeña esferita o globo magnético...

Respiró hondo. Las cosas más insignificantes e infantiles de la vida parecían patéticamente vacías de sentido ahora. Como si todo lo hermoso y lo espiritual dejara de existir paulatinamente, en un mundo que se moría sin que sus habitantes lo supieran. El cáncer mortal estaba dentro de ellos mismos. Y nadie lo sospechaba. Nadie más que él, Atlas Konrad...

Un sopor dulzón le invadía. Tenía sueño, mucho sueño. No quería dormir, pero era como si algo superior a su voluntad le durmiese. Quizás estaba realmente cansado, a pesar de que había mentido a Doria poco antes...

Sin darse apenas cuenta, estaba dormido. A pesar de sus esfuerzos por no dormir, a pesar de la angustiosa, alarmante llamada de su cerebro, allá en el fondo del subconsciente, avisándole de que algo no marchaba bien, de que el peligro terrible estaba encima, de que dormirse era, quizás, empezar a morir...

Pese a todo, se le cerraron los ojos. Y se nubló su consciencia. Se durmió...

En la puerta de la habitación, unos ojos siniestros contemplaron el cuerpo hermoso, arrogante, dormido como un Aquiles indefenso...

Doria rio entre dientes, alejándose con paso suave. Salió a la terraza. Se sentó apaciblemente en el asiento que dejara Atlas poco antes, entrelazó sus manos y pareció dispuesta a esperar algo. Beatífica, dulcemente. Sin prisas, sin emoción ni nervios.

—Pronto será de los nuestros — susurró—. Pronto... Ah, es hermoso pensarlo... Todos van haciéndose de los nuestros. Todos.

* * *

Atlas despertó.

Brusca, violentamente casi. Ni siquiera supo por qué despertaba. Fue algo parecido a la noche anterior, cuando algo inconcreto le arrancó de sus sueños...

Esta vez, la sensación era más viva, más apremiante. Se irguió en el lecho, mirando ante sí, perplejo.

Tardó en entender. Porque en apariencia, todo continuaba igual en la alcoba. La luz del día brillaba allá afuera, en la ciudad, y las calles parecían extrañamente silenciosas, como antes. Dentro del cuarto, tampoco había

ruidos. Ni en toda la casa.

Entonces lo vio. Era algo incongruente, sin sentido. Pero sus sentidos se crisparon, en total estado de alerta. Contempló, con ojos helados, la forma esférica que flotaba hacia su lecho, con un fascinante movimiento pendular en el aire.

La reconoció. Por si había dudas, dirigió la mirada a la repisa decorativa donde la dejara antes. No estaba allí. Solamente la varilla magnética. La esfera, tornando vida por sí sola, flotaba hacia él, tenue y ligera como un globo diminuto.

Pero aquello no era natural. El juguete del circo no podía actuar independientemente, y menos moverse hacia él.

Con las pupilas contraídas y los músculos de su rostro rígidos bajo la epidermis broncínea, Atlas comenzó a moverse en la cama flotante, de blanda espuma. Se irguió sobre sus piernas elásticas y recias, tensó sus nervios al máximo, esperando lo que pudiera suceder.

La esterilla de juguete parecía hipnotizarle. Tenía algo extraño en su movimiento, que atraía la mirada. Se dio cuenta, casi insensiblemente, de que producía un levísimo, armonioso zumbido en el aire quieto de su alcoba. Invitaba a dormir. Atlas se sintió acosado por el hormigueo dulzón de la somnolencia, una vez más. Pero, irritado, sacudió la cabeza, se lanzó al suelo, con un salto brusco. La esfera giró en el aire, como rectificando su dirección. Voló, pausada, hacia él. Siguiéndole.

Atlas Konrad eludió la atracción magnética de aquel extraño objeto flotante. Esperó a que estuviese más cerca. Entonces, bruscamente, estiró sus poderosos brazos. Manojos de tendones y músculos vibraron como metal flexible, bajo la piel. Los dedos se hundieron, furiosos, en la esfera. La despedazaron en segundos. Estrujó aquella materia gomosa, cristalina y elástica a la vez, la rasgó a tiras, violentamente. Algo parecido a un chasquido sonó en el aire. Se apagó el zumbido. El silencio volvió, más aplastante que nunca.

Fuera, en la terraza, ocurrió algo. Sonó un grito de ira, un mueble golpeó el pavimento plastificado. Atlas, veloz, salvó el hueco del ventanal, en vez de acudir a la terraza por el corredor.

Se encontró con Doria, que se agitaba furiosamente, tras haber derribado el asiento y la mesa. Le miró, crispada, convulsa.

—¡Atlas! ¿Qué has hecho? — jadeó—. ¡Has roto el contacto... has roto el contacto!...

Súbitamente, sucedió algo anómalo. Los ojos de Doria parecieron despedir un chispazo, una rara luz parpadeante. Luego, se apagaron. Todo el cuerpo de ella quedó fláccido, inerte. No cayó. Pero se quedó inmóvil, rígida. Como un maniquí o un robot.

Atlas, sorprendido, sin dejar de estar alerta, se movió hacia ella. Llegó a su

lado. Tocó la epidermis de su cuñada en el rostro. Aquella materia otra vez. Falsa piel, falsa carne. Y vacío debajo.

Dolido, dio un paso atrás. Una cosa era sospecharlo. Otra, ver a la pobre Doria convertida en... en aquello. En un simple mecanismo inerte, en un artificio de apariencia humana. Aplicó la cabeza a su pecho. Escuchó.

Nada. Ni palpitaciones, ni señal alguna de vida. Como cataléptica o como muerta. Pero lo escalofriante era que ni siquiera parecía estar muerta. Esto era algo peer.

Atlas Konrad entornó los ojos, reflexionando Una idea fantástica iba tomando cuerpo en su mente. Una idea que tal vez fuese la más razonable, la que explicara tanto horror...

—¡Atlas! ¿Qué le sucede a mi mujer?

Konrad giró vivamente sobre sus talones. Se enfrentó a Mavick, que, pálido y desencajado, aparecía en la entrada a la terraza. Trató de ver en él algo delator, pero le pareció perfectamente normal. Mavick corrió junto a Doria, la examinó. Se volvió, angustiado, hacia él.

—¡Atlas!—jadeó—. ¡Atlas, mi mujer...! ¡Cielos! Pero ¿qué le sucede?...

—No lo creerías si te lo dijera, hermano — suspiró él—. Ten calma y trataré de explicarte. Ven, por favor. Te enseñaré algo...

Mavick acudió confiadamente hacia él. Algo, en el cerebro de Atlas, se mantenía vivo, candente. Su afán de sobrevivir, de luchar, de destruir. Aunque tuviera que hacerlo ahora con Mavick. Después de todo, si era un enemigo, es porque ni siquiera sería ya su hermano el que estaba ante él...

Doria, sin embargo, parecía totalmente fuera de combate. Como un muñeco electrónico, al que le falla el mecanismo. Para cualquiera, la desolación y el horror de Mavick Konrad hubiera sido convincente. Para Atlas, no podía serlo. No todavía.

Se movió Atlas hacia el paso de su alcoba. Esperó allí a Mavick, como si fuera a enseñarle algo. Cuando le tuvo junto a sí, aferró bruscamente su brazo, lo oprimió, señalándole dentro de la estancia.

—¡Mira esa esfera, Mavick! Cuando dejó de existir, se paralizó también tu mujer...

Perplejo, desconcertado, Atlas se quedó de una pieza. Su, presión dolorosa encogió a Mavick, le hizo quejarse, paro nada más. Sus tejidos no se rasgaron como los de los demás seres hasta entonces atacados por Atlas.

—Me haces daño, hermano — se quejó. Le miró, como si temiera que se hubiese vuelto loco —. No puedo entender nada... ¿Qué pretendes decirme con todo eso? ¿Qué le pasa a mi mujer? Debo llamar a un médico, Atlas...

—Un médico no resolvería nada, hermano —radiante, Konrad aferró ahora los hombros de Mavick, le zarandeó, jubiloso, ante la sorpresa del otro —. Eso... eso de ahí afuera ni siquiera es tu mujer, entiéndelo.

—¡Atlas!

—Sé que te sonará a disparate, que no puedes creer una palabra de lo que te diga. Ni yo te lo pido, Mavick. Es demasiado fantástico para eso. Pero vives, existes. Aún eres tú, y eso basta. Si cuando se producen esas mutaciones, los humanos aún existen en alguna parte, tenemos que encontrarlos, Mavick. A tu mujer, a Galia, a todos los demás, ¿entiendes?

—No, no... — se llevó las manos a la cabeza—. ¡Por el amor de Dios, Atlas, hermano, todo eso carece de sentido! ¿Qué pretendes decirme?

—Hay poco tiempo para explicarlo, Mavick. Pero lo intentaré. Hasta ahora, he creído que tú eras uno de «ellos»... De ahí mi desconfianza, mis temores. Me equivocaba en algo. Ellos no tienen prisa, no tienen nervios ni emoción. Van despacio, y no siempre eligen a todos los ocupantes de una casa. Sólo determinados miembros. La suplantación va siendo gradual, lenta, segura. Aquí, le tocó a Doria. Luego hubiéramos sido tú, yo... Todo el que tiene una de esas esferas, Mavick. Cada esfera o globo del circo... es el medio que tiene la «cosa» de penetrar hasta cualquier rincón, por lejano que sea... Pero no lo entenderás, Mavick. No podrás entenderlo fácilmente. Vamos. Llévame en tu turbomóvil. Tengo que aclarar esto. Y tú puedes ayudarme, Mavick. Eres uno de los pocos que pueden hacerlo todavía. Por el camino, te explicaré lo que sucede, trataré de hacerte entender...

Mavick, vacilante, confuso, le siguió. En la terraza, se volvió, señalando a la inmovilizada Doria, su mujer. Dijo, angustiado:

—Pero ella, Atlas... No podemos dejarla así...

—Ven. No sufras por Doria. No es ésa. Sólo estás viendo un artificio casi perfecto. Algo que ningún ser nacido y educado en la Tierra descubriría jamás. No quiero romper a la que crees «tu» Doria, porque sería demasiado cruel, y quizás enloquecerías. Pero eso que crees es tu mujer, sólo es una materia frágil para mis fuerzas, una especie de imitación de carne y piel humanas, vacía por dentro. Un muñeco, Mavick.

—¡Dios mío, no! —mortalmente pálido, tembló de pies a cabeza.

—Vamos, vamos —le sujetó con fuerza, afectuosamente, por un brazo. Tiró de él hacia el exterior—. Vamos, hermano... Hemos de probar si aún es tiempo.

—¿Tiempo... de qué? — gimió Mavick, como sonámbulo.

—Tiempo de evitar algo. De impedir que esto siga adelante. Tiempo de llegar a alguna parte, hermano...

Salieron de la casa. El turbomóvil de Mavick esperaba. Subieron. Atlas se acomodó para conducir. Junto, a él, su hermano era como un fantasma aletargado. Mientras arrancaban, silbando sobre el asfalto vertiginosamente, Atlas comenzó a referirle la historia fantástica e increíble...

CAPÍTULO III

PUNTO VITAL



ERO ahora... ¿adónde vamos, Atlas?

Era lo único que se le ocurría preguntar a Mavick, al aterrorizado y convulso Mavick que había escuchado, en silencio, la impresionante historia de horror de Atlas Konrad. Lo único que atinaba a formular con voz vacilante:

—¿Adónde vamos ahora...?

Atlas Konrad tardó un poco en contestar. Movía el vehículo en una dirección concreta. No parecía vacilar lo más mínimo en el rumbo a seguir.

—A una aero-estación de alquiler de vehículos espaciales. Vamos a tomar un aerocar, Mavick.

—¿Para qué? ¿Adónde va a llevarnos ese aerocar?

—Al Circo Aéreo, Mavick.

—¡Al Circo!—parpadeó su hermano—. ¿Y para qué?

—Buscamos el punto de partida de esta pesadilla, Mavick. El origen de todo, el centro vital de donde ha surgido el horror. Si las esferas son el medio de guiarse y de atacar que tienen los artificiales..., entonces la clave de todo está en ese circo, Mavick. En el «Doctor Cosmos» y sus graciosos enanos...

—Ellos nos dieron las esferas, sí...—asintió trémulamente Mavick—. Pero... ¿por qué harían eso? ¿Y en qué forma? ¿Es que acaso el «Doctor Cosmos»... puede ser uno de «ellos»?

—Hay más. Puede ser el encargado de esta invasión, el controlador, quizás el famoso Control Uno o Control Equis, citado por la extraña lengua espacial que yo capté en la cinta magnetofónica.

—Atlas, solos tú y yo... ¿No será meternos en la boca del lobo, si realmente es el centro vital de la invasión planeada?

—Claro, Mavick. Es ir derechos al peligro. Pero no tenemos otra opción. Tú has perdido a tu mujer, yo a Galia. El mundo entero está derrumbándose en torno nuestro, y la mayoría de esas gentes que ves ahora en las aceras mecánicas o asomados a los ventanales de sus casas y centros de trabajo, ni siquiera son ya humanos. Los demás lo ignoran. Y lo seguirán ignorando hasta que ellos mismos sean también réplicas artificiales. Eso ¿hasta cuándo durará? Hasta el dominio total de la Tierra, Mavick. Hasta que una especie de Humanidad fría e insensible recorra como espectros sus calles, y viva su existencia hermética y helada allí donde antes todo era vitalidad, espíritu y afán de logros superiores. Hablábamos de una especie humana artificial, de una época en que las cosas no eran lo bastante humanizadas ni cordiales. Y, sin embargo, al lado de lo que nos amenaza, la vida en la Tierra es hermosa, incluso en su aséptica concepción de hoy, en su progreso técnico y en su ciencia estilizada.

—¿Qué podemos lograr en ese circo, arriesgándolo todo, Atlas?

—Nada. O todo. Es posible que nos transformemos en seres de esa especie inanimada. Pero eso es algo que también sucedería inexorablemente, quedándonos en casa. Por el momento, yo soy más fuerte que ellos. Incluso su poder magnético con las esferas les falló conmigo. Vienen preparados para invadir la Tierra y destruir a los terrestres, pero no para enfrentarse a un hombre criado en Júpiter y adaptado a su ambiente y características, Mavick. Ése es nuestro único triunfo por ahora. Quiera Dios que dé resultado.

—¿Crees que todavía existen realmente Doria, Galia... y los demás?—gimió Mavick, sombrío.

Atlas, ceñudo, meneó la cabeza. Su rubio y plateado cabello barrió díscolamente su frente amplia, de inteligente. Detuvo el turbomóvil frente al indicador de un elevado edificio plástico y cristalino, de modernísimo diseño. Leyó: Aeroestación. Alquiler y venta de aerocars y espaciovías».

—No sé, Mavick—respondió despacio a la pregunta de su hermano—. No sé nada de nada. Pero, si mi teoría fuese cierta, si lo que sospecho se confirmase..., aún existiría una probabilidad. Aunque remota... existiría, hermano mío...

Tomó al aturdido Mavick por el brazo. Ambos hermanos abandonaron el turbomóvil. Cruzaron el umbral de la aeroestación. Poco después, un aerocar partía, veloz, elevándose hacia los cinturones terrestres donde giraban los satélites artificiales convertidos en colonias, centros meteorológicos o astronómicos, y lugares de esparcimiento de una raza que no se conformaba ya con tener los pies en el suelo.

De una raza que, inevitablemente, parecía condenada a extinguirse bajo el misterioso azote llegado de los espacios siderales...

* * *

El Circo Aéreo, de día y sin ser hora de actuación del espectáculo, ofrecía el aire triste y somnoliento que en el pasado podía haber tenido cualquiera de los circos entonces habituales, con sus grandes lonas y sus caravanas multicolores acampadas en torno a la lona.

Ahora, el satélite esférico, con sus grandes franjas de color fluorescente y de letras visibles a gran distancia, era como una inmensa y metálica lona esférica, dormida en la siesta azul del día. Los carteles anunciaban últimas semanas del espectáculo programado. Y la despedida del «Doctor Cosmos» y sus «enanos infrahumanos».

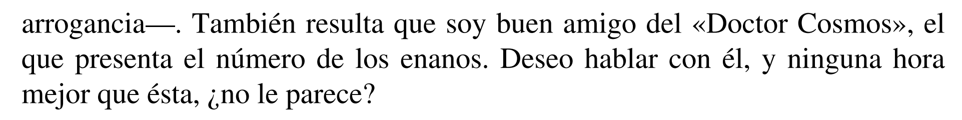
Atlas introdujo el aerocar por la boca de entrada y aparcamiento del satélite circense. Las vías metálicas de la rampa interior dejaron deslizar el vehículo hasta una plataforma situada frente a las taquillas y acceso a la pista y asientos. Un empleado limpiaba con un aspirador el suelo alfombrado de espuma. Alzó la cabeza, mirándoles con extrañeza. Las luces del satélite aparecían a medio tono, y allí todo parecía descansar del ajetreo radiante de la noche.

Atlas descendió el primero, con Mavick ligeramente replegado a su derecha. El empleado dejó de barrer, deteniendo el aspirador con una presión a sus acumuladores de energía, y contempló a los recién llegados.

—Me temo que madrugaron mucho — dijo, bostezando —. No se trabaja aún. Ni siquiera están abiertas las taquillas. Pero en la Tierra tiene despacho de localidades abierto. ¿Por qué se molestaron en venir a esta hora?

Atlas no le quitaba ojo. El empleado de aire inocente podía ser un «artificial». Sólo comprobaría si lo era o no, pegándole con fuerza. Pero no había venido a eso. Tal actitud, no haría sino levantar la alarma en el circo.

—Bueno, no sólo veníamos a buscar entradas—sonrió ingenuamente Atlas, fingiendo no advertir la admiración del empleado hacia su estatura y


arrogancia—. También resulta que soy buen amigo del «Doctor Cosmos», el que presenta el número de los enanos. Deseo hablar con él, y ninguna hora mejor que ésta, ¿no le parece?

—Oh, desde luego — el otro, se rascó la cabeza —. Sí, me parece bien. A esta hora, los artistas y atracciones descansan en sus respectivas aerocasas. Ya sabe, los modernos carros que forman la caravana del circo. Son sus naves-vivienda, en las que viajan cuando se trasladan a otro planeta o cambian de Circo-Satélite. Precisamente la del «Doctor Cosmos» es la mayor de todas, pues alberga al doctor y a sus enanos.

—Bien. Iremos a verle, en ese caso. Y gracias, amigo.

—¡Un momento!—pidió el otro, alzando su brazo —. Yo no he dicho que fueran a verle.

—¿Nos lo prohíbe tal vez? — Atlas Konrad entornó peligrosamente los ojos.

—¡Claro que no! — rio el hombre, denegando con la cabeza—. El «Doctor Cosmos» ha abandonado hoy el Circo, inesperadamente.

—¿Qué?

—Se marchó con su aero-casa, señor. Y con sus enanos. No sé por qué motivos, ha roto el compromiso con la Empresa y se ha ausentado bruscamente, sin decir nada...

Atlas Konrad se volvió a Mavick, con gesto alterado. Ambos, palidísimos, se miraron con viveza. Entendían lo que significaba aquello.

—Vamos, Mavick — silabeó Atlas —. Hay que buscarlo. ¿Sabe usted hacia dónde se dirigió?

—No le vi salir. — El empleado puso de nuevo en funcionamiento su aspirador, con un encogimiento de hombros—. No puedo informarle...

Atlas Konrad, crispando las mandíbulas, se dispuso a subir al aerocar, para abandonar el Circo Aéreo, cuando el empleado pareció recordar algo y les llamó:

—¡Eh, un momento! ¿Saben una cosa? Al parecer, el «Doctor Cosmos» tenía alojada en su aero-casa a una chica que ninguno habíamos visto antes. Y la dejó fuera... La abandonó aquí, desvanecida. Si ustedes conocen a ese hombre, es posible que también la conozcan a ella. ¿Quieren verla?

—¡Sí! — exclamó vivamente Atlas —. ¡Claro que sí, amigo! Vamos allá...

Mavick y él, escoltados por el empleado del circo espacial, caminaron hasta un carromato ultramoderno, una auténtica nave sideral, movida a fotones, como ahora era cualquier caseta ambulante de los circenses.

—Aquí se aloja Dutch, el domador — explicó el empleado—. El cuida de la chica...

Atlas y Mavick esperaron, tras llamar a la puerta. Por fin, un hombre alto, moreno, recio y poderoso, aunque no tanto como Atlas, abrió la deslizante hoja metálica. Se quedó mirando al gigante rubio con estupor.

—Diablo, ¿quién es usted? — preguntó—. ¿Y qué buscan?

—A una mujer. Al parecer, la abandonó el «Doctor Cosmos», en mal estado...

—Oh, sí, pasen, pasen. Nunca la había visto en el circo, la verdad — confesó el domador, invitándoles a cruzar el umbral—. Ese «Cosmos» es un rufián. Siempre dije que en su vivienda tenía gato encerrado. Yo estaba seguro de haber oído a más gente, no sólo a sus enanos. Pero nunca pudimos probar eso.

Ahora, parece distinto. La chica... bueno, es real. Y la hallamos sin sentido, justamente donde acampaba «Cosmos», dentro del espacio de este satélite, destinado a viviendas. Mire, ahí está. Parece ya muy repuesta...

Atlas, que acababa de apretar con toda su fuerza la mano del domador, comprobando que era auténtica, a costa del dolor que reflejó el sorprendido rostro de Dutch, volvióse ahora hacia una litera del aero-camerino.

—¡Dios mío, me lo había imaginado así!—jadeó—. ¡Galia!

Ella, erguida en la litera, le miró asombrada, llena de emoción y de júbilo.

—¡Atlas! — gimió, saltando del lecho —. ¡Oh, Atlas, mi amor...!

Y se lanzó en sus brazos, comenzando a besarle tiernamente.

Atlas no cabía en sí de gozo.

* * *

Los tres se acomodaron en el aerocar de Atlas. Se despidieron cordialmente de Dutch y del empleado del circo. La nave alquilada por los hermanos Konrad salió vertiginosa, deslizándose por las vías de acceso hasta la rampa de salida al espacio.

Sobrevolaron la Tierra, buscando incesantemente algún rastro del vehículo espacial del «Doctor Cosmos». La joven, entre Atlas y Mavick, parecía volver a la vida, desde un lugar alucinante. Los ojos, luminosos, lo recorrían todo con avidez.

—Cuéntame, Galia. ¿Qué sucedió, después de tu secuestro? — pidió Atlas.

—Fue horrible, querido — musitó ella, aún con tono impresionado—. Realmente horrible. Aquel ser que no tenía nada de humano me llevó en su vehículo hacia el Circo. Me metió en la vivienda del «Doctor Cosmos», el hombre de los enanos...

—Sí, sabía eso. No podía ser sino él. Los enanos nos dieron las esferas magnéticas. Y esas esferas eran el contacto... entre «ellos» y los humanos.

—¿Sabías ya eso? — se estremeció Galia—. Resulta espantoso, amor mío. Un sistema de «agentes magnéticos» que adormecen a las víctimas y se apoderan de su voluntad durante el sueño, obligándolas a trasladarse adonde «Cosmos» señale. Allí, la persona es destruida y sustituida por un ser artificial, réplica exacta del elegido, y dotado de su voz y de sus recuerdos, por medio de una absorción de la energía mental de la víctima. ¿Entiendes, Atlas?

—Muy bien, sí — asintió él, ceñudo—. Era como yo lo imaginaba, Galia. Continúa, si te es posible hacerlo.

—Claro, querido. Espero que todo esto pueda sernos útil ahora, para salvar nuestras vidas.

—Dios mío, y la pobre Doria, mi esposa... — jadeó Mavick, muy pálido —. Destruyen los seres humanos originales, ¿no es cierto, Galia?

—Sí, eso es — susurró ella, inclinando la cabeza—. Lo... lo siento, Mavick. Es la realidad. Pero observé que tenía seres humanos todavía, en una especie de almacén o trastienda de su horrible local. Seres «conservados», Atlas. Al parecer, experimenta y estudia con ellos...

Atlas Konrad asintió, con un escalofrío. Todo era horrible en aquel asunto. Pero a medida que se iba levantando la punta de la cortina que ocultaba el siniestro enigma, las cosas resultaban más y más estremecedoras.

—Es posible que Doria sea uno de los seres que aún conserva — suspiró Atlas, para confortar a su hermano —. Ten fe, Mavick. Es lo único que nos queda ahora...

—Fe... Dios mío, es tan difícil... — gimió Mavick Konrad, convulso. Y añadió luego, mirando a Galia—: Pero ese hombre... ¿qué es? ¿Un monstruo, un loco, un ser extraterrestre?

—No sé, Mavick. Parece un ser humano, pero yo juraría que no lo es. Es astuto, frío, sabe leer los pensamientos... Ciertamente, no es un loco. Lo que hace es metódico, ordenado, cerebral. Es un genio, que utiliza su saber en destruirnos. Y lo logrará, estoy convencida, a menos que nosotros logremos evitarlo. Su poder es terrible.

—¿Y... los enanos? — preguntó Atlas, volviéndose hacia ella.

—Simples trabajadores a su servicio. Es posible que también pertenezcan en realidad a una especie infrahumana de algún planeta lejano. No sé, todo eso es confuso. «Cosmos» les ordena y controla, simplemente con sus pensamientos. Dentro de su vehículo, posee una serie de cámaras misteriosas, donde no puede penetrar. Los enanos manipulan cuadros electrónicos, complicados controles a distancia, y todo eso.

—Controles a distancia...—comentó Atlas, mordiéndose el labio inferior —. Sí, entiendo. Los «artificiales» son estrictamente eso: artificio. No son

humanos, pero tampoco seres extraterrestres.

—¿Qué quieres decir? — se asombró Mavick.

—Son muñecos, Mavick. Muñecos perfectos, prodigiosos, réplica exacta de los hombres. Prácticamente, «robots» con apariencia de piel, carne, huesos y tejidos humanos... todo fingido perfectamente en una materia desconocida en la Tierra. El «Doctor Cosmos» crea seres, los fabrica él, en su madriguera, y los lanza a suplantar a los auténticos, una vez absorbido su poder mental y sus facultades por algún sistema magnético que nuestra raza desconoce. Ese poder, centrado en el cerebro hueco, mecánico, del falso ser humano, le permite hablar, moverse, recordar cosas y comportarse como cualquier otro. Pero no sentir ni sufrir. Son dos sentimientos que desconocen los entes elaborados por «Cosmos». Éste, sin duda, mantiene contacto permanente con sus criaturas horribles, a través de la electrónica y las ondas de alta frecuencia. Las mueve como piezas de un terrible ajedrez mundial. Las esferas, después, son como el contacto, se convierte así en víctima predestinada. La esfera se ocupará, dentro de su casa, de transformar al humano en artificial. Rapta al auténtico, y le suple por un cuerpo igual. Quizás proyecta a distancia las moléculas o átomos del ser capturado, para trasladarle adonde el «Doctor Cosmos» espera. Si destruyes la esfera de energía en un momento determinado, provocas sin duda una especie de cortocircuito dentro del ser artificial más próximo. Y así se inmovilizó Doria al atacar y destruir yo la esfera que pretendía transformarme.

Todo sonaba a delirante, a fabuloso. Y, sin embargo, Mavick parecía admitirlo como verosímil, igual que Galia. El vehículo de Atlas buscaba, incesante, el menor rastro del «Doctor Cosmos». Era en vano. No hallaban absolutamente nada. En la distancia, dos coches-patrulla del espacio trazaron su doble surco de humo con los reactores, perdiéndose luego en la lejanía.

Exasperado, Atlas varió de rumbo. Luego, volviéndose a Galia, habló:

—No te dejé terminar tu relato, querida. ¿Cómo pudiste salvarte del poder de «Cosmos»? ¿Por qué te dejó libre?

—Es un misterio que jamás entenderé, Atlas—suspiró ella—. Creí que iba a destruirme, cuando se me quedó mirando fijamente, soltó una risa extraña y dijo algo parecido a esto: «Su amigo está luchando contra mí, muy convencido de que puede destruirme y detener la ocupación del planeta. Está muy equivocado. Tanto, que no ha sabido medir mi poder, a pesar de creerse un superhombre. No es tonto, y es muy fuerte físicamente. Pero eso nada puede contra mí, Control de mi remoto mundo. Nosotros hemos de vencer, ocurra lo que ocurra, porque somos los más fuertes. Y venceremos. A pesar de Atlas, de usted, jovencita, y de todo el que pretenda oponerse. Para que vea, voy a desafiar a su amiguito. Usted volverá a su lado, sin sufrir daño. Les reto a que los dos, juntos, puedan algo contra mí. Inténtelo todo, muchacha, y verá que es inútil...» Después de eso no recuerdo nada. Me desvanecí y desperté en

el claro donde antes estuvo el vehículo de «Cosmos». Dijeron en el Circo que se había ausentado sin previo aviso y me llevaron al vehículo del domador para cuidarme. Eso fue todo, Atlas.

Konrad asintió, pensativo. Había encajado las mandíbulas al oír de labios de Galia el reto soberbio de «Cosmos», el misterioso ser de otro planeta, llegado con su laboratorio espacial para la conquista de la Tierra.

—Muy bien, querida — masculló entre dientes—. Recojo el guante de ese monstruo. Veremos quién vence a quién.

—Atlas, es inútil — gimió su hermano—. Nunca daremos con él. Y Doria sé habrá perdido definitivamente.

—No sé si Doria vivirá siquiera, Mavick —dijo roncamente Atlas —. Pero sólo te digo que encontraré a «Cosmos». Sea como sea, hermano mío. Y, a ser posible, utilizando sus mismas armas.

—¿Sus mismas armas? — se extrañó Galia—. No te entiendo, Atlas. ¿Qué puedes hacer?

Le sonrió él, volviendo el rostro hacia la joven. Aplicó el piloto automático a la nave para mantenerla en vuelo recto. Rodeó los hombros de la hermosa muchacha con su brazo. Se inclinó y besó sus labios, musitando previamente:

—Dejemos ahora eso, cariño. Debes confiar en mí. Pero conviene olvidar por un momento esta pesadilla que vivimos. Te amo, Galia...

—Atlas, mi vida... — susurró ella en respuesta, devolviéndole el beso.

Se separaron lentamente, mirándose profundamente a los ojos.

Bruscamente, la mano da Atlas cayó sobre el rostro de Galia. Mavick chilló, con los cabellos erizados.

La faz de Galia, la hermosa muchacha a quien amaba, se disolvió en pedazos frágiles, como un globo que reventase. Dentro, nada. Sólo vacío. Entre los brazos de Atlas sonó el chillido ronco de la boca que acababa de besar, y el cuerpo artificial de Galia se quedó colgando, fláccido, entre los brazos de Atlas Konrad...

CAPÍTULO IV

CON LAS MISMAS ARMAS



AVICK devolvió.

Después se sintió mejor, aunque terriblemente pálido. Convulso, se estremeció contemplando aún la forma exánime, rota y desinflada de lo que poco antes parecía una hermosa, arrogante mujer.

—Es... es horroroso — jadeó, sujetándose la cabeza con las manos—. Esa chica...

—No era ella, Mavick— habló Atlas con una dureza feroz —. Era el agente enviado por «Cosmos». Otro artificial. No podía admitir que ese monstruo hubiera dejado con vida a Galia. No era posible. Si acaso vive, será en ese horrible almacén de cuerpos humanos.

—¿Cómo... cómo pudiste advertirlo, hermano?

—Primero, no sospeché. Tanta fue mi alegría al verla de nuevo, que olvidé mis prevenciones de siempre. Luego, cuando habló del «Doctor Cosmos»... No sé, parecía como si hablase el propio «Cosmos» por su boca. Se vanagloriaba, parecía admirar a «Cosmos». Luego al besarla..., confirmé mi terrible sospecha. Son artificiales, Mavick. No sufren, no sienten tampoco. El amor no puede fingirse. Un hombre que besa los labios de una mujer nota si hay calor en ellos. «Cosmos» ha creado piezas perfectas... pero sin alma. No

pueden vencer, Mavick. Los «robots», las máquinas, por perfectas que parezcan, tienen fallos. No vencerán. He aceptado el reto. Y comienzo ya a usar sus propias armas contra él.

—No sé cómo podrás hacer más. Has destruido a una falsa Galia, sí. Pero ¿y qué más? ¿Cómo llegarás hasta el «Doctor Cosmos»?

—Te lo dije. Con sus mismas armas — señaló el cuerpo arrugado, inerte, del muñeco que fingiera ser Galia—. Ese robot nos llevará hasta él, Mavick… ¡Ya lo verás!

Mavick no podía entender a su hermano. Pero, sin saber por qué, repentinamente tuvo fe. Fe en la palabra de Atlas, en su energía incontenible. Y fe en que el Creador de todas las cosas bellas no permitiría el triunfo de mecanismos despiadados sobre criaturas por Él creadas...

—Adelante, Atlas. Te escucho — balbució— ¿Cómo vas a hacerlo?

Atlas se lo dijo.

* * *

Galia no se sentía incómoda.

Era un cuerpo más, en aquella hilera extraña, fantasmal, alucinante. Pero no se sentía incómoda. Era como flotar, suspendida verticalmente, dentro del extraño gas etéreo de los recipientes transparentes, ovalados.

Era como haber muerto un poco. Como soñar con los ojos abiertos, como una rara, impasible táctica «yogi», que permitiera el desdoblamiento personal, aislando el espíritu y la sensibilidad de su envoltura humana, flotando en el humor gaseoso, tenue, donde todos aquellos cuerpos flotaban, inmóviles, erguidos, como momias frescas de una tumba espacial.

Galia era capaz de pensar, pero poco. Y, sin embargo, no era capaz de sentir nada. Sólo placidez, calma, abandono total. Los recuerdos, prácticamente, no existían, únicamente vagas imágenes borrosas, que nunca se concretaban en la pantalla de la memoria.

Podía ver cosas a través de las paredes cristalinas de su encierro ovoide. Veía la figura alta, morena, barbuda, del mefistofélico «Doctor Cosmos». También las menudas, repugnantes formas rechonchas de sus enanos. Los «infrahumanos»... Quizá no fuese tan circense el nombre como pareciera. Sus sonrisas insanas, torvas y malignas, no tenían nada de humanas. Pululaban en torno a la figura erguida y soberbia del «Doctor Cosmos», igual que una legión dantesca. Y, alrededor de todos ellos, los parpadeos, los arcos voltaicos y las chispas azules, lívidas, de los mecanismos electromagnéticos, de los cuadros de control, de los sistemas de conexión a distancia, de las emisiones potentes en onda corta y en frecuencias altísimas. Todo el ingenioso, diabólico mecanismo del podar dé un ser alucinante. Un ser que iba camino de convertirse en el Amo del Mundo...

Galia había visto, desde su encierro vidrioso e ingrávido, la reproducción falsa, el artificio viviente con su propia efigie. Había visto cómo su «sosias», animado por la bioquímica mágica del «Doctor Cosmos» y su imperio electrónico, salía a engañar a Atlas Konrad.

Y ése era el único recuerdo doloroso, la única punzada mental que, una y otra vez, pugnaba por llegar al interior del cráneo de Galia, perforando los suaves algodones de aquel olvido, de aquella paz mental, física y espiritual, aséptica, esterilizada.

Atlas... Su amado Atlas... Lejos de ella, quizás cayendo en la red pegajosa y cruel del «Doctor Cosmos». Quizás dejándose engañar en los brazos y los labios de una mujer artificial, creada por la magia de un laboratorio siniestro, extraterreno...

Y de repente, allá afuera, algo había sucedido. Un chispazo azul, una especie de cortocircuito en un tablero luminoso, de casillas que se encendían y apagaban, en carrusel constante. La oscuridad en una banda de casillas. La ira fría, sorprendida, del «Doctor Cosmos». Los movimientos de éste, el conciliábulo rápido con algunos de sus monstruosos enanos, especialmente aquel de cabeza más amplia y desarrollada, de venas hinchadas en sus sienes y ojos dilatados, claros y malévolos.

Después de eso, esfuerzos conjuntos de todos ellos en los cuadros magnéticos, movimientos febriles acá y allá...

Galia se cansaba pronto. Una fatiga mental y física extraordinaria relajaba su ser todo. Cerró los ojos y se sintió mejor. Reposó. Quizá dormía, no lo supo nunca. Pero en aquella flotación de su encierro de «animación suspendida», dormir era como seguir despierto. Y viceversa.

Tampoco existía allí dentro noción alguna de tiempo. No supo lo que llevaba en su sopor o inconsciente ingravidez. Pero, de pronto, se encontró con los ojos abiertos, siempre en la misma posición flotante, entre otros cuerpos humanos, rígidos e inertes como ella, dentro del «almacén ovoide», relleno de gas ligero y respirable.

Y sus ojos vieron al «Doctor Cosmos» inclinado sobre el mecanismo antes averiado y que, al parecer, continuaba averiado. Los enanos se movían como demonios de una pintura macabra, imaginada por una mente enferma.

Súbitamente, el «Doctor Cosmos» se irguió, señalando con mano firme hacia el depósito de cuerpos humanos. Dijo algo al enano cabezudo, que asintió y corrió simiescamente hasta el muro de vidrio abombado. Galia le vio accionar un botón, de una serie de ellos situados sobre un tablero negro.

Algo pasó allí dentro. Hubo una conmoción, el gas onduló, agitándose en un torbellino violento. Se vio succionada de súbito por aquella vorágine gaseosa. Descendió de cabeza hacia el suelo del ovoide de cristal. O lo que ella creía el suelo, y que, en realidad, dejó abrirse un orificio. Pasó su cuerpo

por él, y fue engullido por la absorción violenta de un túnel cristalino. Descendió, igual que un extraño microbio por el alambique de un químico extraordinario y prodigioso.

Y así, fue a parar a la cabina cilíndrica, rematada en una punta hemisférica, a guisa de ataúd o depósito transparente, donde quedó inmóvil, tendida sobre una serie de fibras tensas, cristalinas y sensibles, que parecían llevar a su cuerpo, a su mente y oídos, toda clase de sensaciones externas. Entre esas sensaciones, llegó la voz de aquel ser, el «Doctor Cosmos», hablando inteligiblemente para ella:

—Eres una muchacha excepcional, Galia —dijo el «Doctor Cosmos» agriamente —. No sólo continúas viva, cuando deberías estar muerta, sino que tu amigo Atlas Konrad, que podía disfrutar de la presencia de una perfecta «doble» tuya, ha notado sin duda la diferencia entre ambas... y ha destruido a tu «sosias». ..

Galia sonrió. Con una felicidad desconocida desde hacía tiempo. Desde que era prisionera del alucinante «Doctor». Él no pareció inmutarse, aunque podía captar su sonrisa desde fuera, a través del muro transparente que les separaba.

—Sí, eres excepcional, Galia. Pero eso no te servirá de nada ahora. Ni a Atlas tampoco. Voy a crear otro duplicado tuyo. Y a destruirte después, ¡A destruirte definitivamente! Como a los demás, hermosa Galia...

Galia no dijo nada, no se movió. Eso no entraba en sus actividades dentro de aquel ataúd de cristal y gas flotante. Sólo podía escuchar, sentir, pensar, ver, comprender... y tener miedo. Nuevamente miedo. No por sí misma. Ella ya no contaba. Miedo por el mundo enfermo, por el mundo carcomido y salpicado de «artificiales».

Miró al diabólico «Cosmos», a sus odiosos enanos... Luego, al recinto ovoide donde muchos cuerpos humanos flotaban, inertes y frígidos. Entre ellos, caras conocidas. El coronel Brauner, de la Policía... Doria, la cuñada de Atlas Konrad... Ellos aún existían también. Pero ¿de qué serviría eso? Eran simples cobayos en manos del «Doctor Cosmos». Seres de estudio, como conejos de indias o virus embotellados en un laboratorio alucinante.

Presenció de nuevo la pesadilla. El «Doctor Cosmos» abrió aquel armario blanco, nítido, espectral, de muros vidriosos. Deslizó sus puertas. Dentro, al aplicar unos electrodos, comentó un chisporroteo azul. Después, se extinguió. Una forma cobró perfiles lívidos. Era como un gas, un humor lechoso, azulino. Poco a poco, al enfriarse bajo los proyectores de materia, fue solidificándose, adoptando formas femeninas sugestivas, curvas delicadas, rostro bellísimo, cabellos rojos y mirada celeste.

Otro doble de Galia. Perfecto, exacto. Tal y como ella aparecía en la envoltura vítrea. Luego, se cubrió de ropas idénticas, tras un ramalazo de luz cárdena. Se animó, cobró vida, sus rojos labios sonrieron... Otra Galia nacía a

la vida.

—Bien — rio el «Doctor Cosmos»—. Ella servirá ahora. Konrad creerá hallarse ante la auténtica, cuando llegue aquí. Porque llegará, estoy seguro. Llegará, si es tan inteligente como imagino, guiado por la frecuencia de ondas de los receptores y emisores del cuerpo de la falsa Galia a quien él ha descubierto. Lo anunció. Usará «mis mismas armas». ¡Pero él ignora cuántas son éstas! Ahora, Galia hermosa, adiós. Vas a dejar de existir. Es dulce, sin dolor... No soy cruel con mis mercancías vivientes. Bastará una presión en este resorte... ¡y será tu final! Ese gas en que ahora flotas, al licuarse, disolverá tu cuerpo. Cuando vuelva a ser gas, ya no estarás ahí. Ni en parte alguna. Posiblemente en algún lugar de la eternidad, como dicen tus semejantes, Galia...

La mano del «Doctor Cosmos» se movió hacia un botón rojo, cerca de la hilera de mandos inmediatos al almacén ovoide. Los enanos saltaron y rieron malignamente, esperando su acción...

Galia cerró los ojos. Era lo único que podía hacer. Cerrar los ojos... y dejar de existir, de ser...

—Adiós, Atlas, mi amor... — fue lo último que su pensamiento emitió.

CAPÍTULO V

EL ÚLTIMO ARTIFICIO



A mano del «Doctor Cosmos» se paralizó a dos pulgadas del fatídico botón rojo que transformaría, la materia de Galia en simple gas.

—Con tus mismas armas, demonio maldito—dijo una voz helada a espaldas suyas.

El siniestro personaje se revolvió, sin dar crédito a sus oídos. Ahora, sus ojos vieron a Atlas Konrad, rubio y gigantesco, colosal y macizo como un Némesis sobrenatural, como un ser llegado del Olimpo, con la destrucción y la justicia entre sus poderosos dedos.

—¡Atlas! — aulló «Cosmos».

Y saltó vertiginosamente sobre el botón rojo.

Atlas Konrad también había saltado como un ser alado. Su musculatura formidable, encogida hasta entonces, se disparó como muelles de acero. Proyectó el cuerpo atlético sobre el «Doctor». Chocó brutalmente con éste, le apartó del botón mortal.

«Cosmos» intentó defenderse, entre chillidos; los enanos saltaron sobre Konrad, para atacarle. Atlas disparó sus rodillas, sus puños, mientras mantenía a «Cosmos» contra un muro cristalino, aplastado como un insecto maligno.

Ocurrió algo asombroso. Al ser golpeados, los cráneos deformes de los enanos saltaron reventados, sus caras se desgarraron mostrando el vacío aterrador de las cabezas... Fragmentos de su piel artificiosa saltaron como trozos de globos rotos, como fragmentos gomosos y repugnantes, a un lado y a otro.

—¡Atlas, también... también ellos eran artificiales!— jadeó desde la entrada al laboratorio Mavick Konrad.

Atlas no pudo atenderle. «Cosmos» pugnaba nuevamente por alcanzar el botón rojo. Y, por otro lado, huidizo como un reptil, el enano más cabezudo de todos, el del enorme cráneo de venas hinchadas y glaucos ojos malévolos, corría eludiendo a Mavick, lo mismo que a Atlas, para alcanzar el cuadro de controles del laboratorio siniestro.

Entonces, Atlas Konrad detuvo todo esfuerzo de «Cosmos» en ese sentido, haciéndole objeto de un directo brutal, impresionante, en pleno rostro.

Inverosímilmente, ocurrió lo que Atlas menos había esperado.

Al recibir el golpe demoledor..., una vez más, la cara que lo recibía reventó huecamente, con un chasquido y un grito ronco, furibundo. Estalló boca, nariz, ojos, barba... Todo fue como si estuviera modelado en papel o en cristal. El estallido llevó por los aires leves jirones de falsa piel humana. Dentro, el hueco de siempre, el vacío horrible de los «artificiales»...

¡El propio «Doctor Cosmos» era un ser artificial!

* * *

Galia había abierto los ojos, en su encierro de cristal, siguiendo la escena con expresión de horror y de esperanza a la vez, sorprendida y jubilosa de ver allí, casi por puro milagro, la presencia sólida, confortante, alentadora, del poderoso Atlas, el muchacho atlético de Júpiter, el hombre con quien no podían los mecánicos artificios vivientes del «Doctor Cosmos»..., que ahora resultaba ser otro artificio viviente, como sus propias criaturas.

El acontecimiento fue tan sorprendente, desconcertó tanto al propio Konrad, que éste se apartó del cuerpo, y «Cosmos» rodó al pavimento del laboratorio, convertido en un rugoso maniquí vacío, inerte y falso...

Mavick se había cruzado, entretanto, ante el enano cabezudo, que juró rabiosamente, desorbitados sus ojos diabólicos, al verse interceptado camino de sólo Dios sabía qué maligno mecanismo del cuadro de controles que iba a accionar.

—¡El enano, Mavick!—jadeó Atlas súbitamente, palideciendo. Señaló al ser deforme —: «¡El enano... tiene que ser el verdadero control de los «artificiales»!»

Volvió hacia él una mirada cruel, repulsiva, el nauseabundo ser diminuto y rechoncho, de faz horrible y cabeza monstruosa. Mavick le cubría por completo el paso. El enano saltó como un simio encima del desconcertado hermano de Atlas. Le descargó un escalofriante golpe en el cuello. Mavick, con un gemido, rodó a sus pies en seco. Las fuerzas del enano eran terribles.

Atlas lanzó un rugido de ira, y corrió en pos del monstruo. Éste ya intentaba pulsar un resorte del cuadro de controles. Atlas cayó sobre él violentamente, y le arrastró en su caída.

Pero el enano era un ser de fuerzas ciclópeas. Algo con lo que Atlas no había contado. Recibió dos impactos de sus manos macizas, y, a pesar de toda su potencialidad física, Konrad se dobló, tosiendo, y rodó un trecho por el pavimento, al borde casi de la derrota.

Riendo malignamente, el enano saltó sobre los mandos, en una cabriola delirante y alocada. Atlas se rehízo en fracciones de segundo, sacando fuerzas

de flaqueza a su naturaleza excepcional. De nuevo se lanzó en zambullida sobre el enano monstruoso, y de nuevo rodaron por el suelo.

El abominable ser pequeño montó a horcajadas sobre Atlas, con una celeridad pasmosa, y empezó a golpearle bestialmente, con impactos que hacían crujir los tendones y huesos del gigantesco hombre de Júpiter.

Cualquier humano hubiera perecido destrozado, al segundo o tercer mazazo. De recibirlos por sorpresa, también Atlas mismo hubiera perdido la noción de todo. Pero ya estaba sobre aviso del poder físico del enano, tras el anterior ataque. E, hinchando sus músculos hasta el paroxismo, evitó su contundencia.

Luego, fingiendo desfallecer, dejó que el enano se dispusiera a rematarle, con risa bestial. Lo que sucedió fue bien distinto. Atlas disparó sus piernas ciclópeas. Dos rodillazos brutales contra la faz del enano volcaron al hombrecillo por el suelo.

Cuando quiso rehacerse, Atlas estaba sobre él y martilleaba salvajemente el suelo con su cráneo. Golpe tras golpe, incansable, interminablemente, hasta que la voz de Mavick sonó a su lado, sedante y calmosa:

—Ya basta, hermano, ya basta... ¿No ves que le has convertido el cráneo en una pulpa sin forma?

Era cierto. Jadeante, ciego aún de coraje y desesperación, Atlas Konrad se incorporó. El enano había muerto, con el cráneo destrozado. Una enorme masa encefálica verdosa asomaba debajo de su hueso astillado...

—Todo cerebro, Mavick-—jadeó, incorporándose—. Era todo cerebro... Ese enano era, en realidad, el Control invasor en la Tierra. El «Doctor Cosmos» no era sino otra de sus atroces marionetas, lo mismo que los demás enanos...

—Dios mío, Atlas, ¿de dónde vendrían estos seres?— gimió Mavick.

—Sólo Dios puede saberlo... — se acercó a la urna de vidrio. Resueltamente, descargó sobre ella un martillazo con una barra metálica. Se desgajó el envoltorio transparente, se disipó el gas que contenía, en nubecillas amarillentas... Y Galia, febril y estremecida, cayó en sus brazos.

—Atlas, mi vida... — gimió, al sentirse aferrada por aquellos brazos cálidos y apasionados—. ¿Cómo pudo ser este milagro, amor mío? Imaginaba que ya nunca volvería a tenerte en mis brazos.

—Seguimos la pista de la onda de emisión y recepción de la «artificial» que te suplantaba a ti, Galia. Nos trajo hasta el punto donde se movía la nave de «Cosmos»... Él, sin duda, esperaba que sus detectores acusaran nuestra proximidad. Pero yo tengo nociones de electrónica y magnetismo, Galia. Lo suficiente para utilizar las propias armas de esos monstruos. Logré crear un campo antimagnético en torno a nuestra propia nave, para acercarla a este vehículo espacial. Nos trasladamos a él, y logramos dar con una de sus

entradas. Los magnetos del «artificial» nos trajeron por el camino preciso, dentro de la nave... hasta llegar al laboratorio. Eso es todo, querida...

Galia sonrió. Luego, se desmayó en sus brazos. Atlas sonrió y la besó. Mavick luchaba ya con la gran urna ovoide, rompiéndola a martillazos, para liberar a Doria y a los demás. Foco después, también eso estaba logrado.

Atlas depositó a Galia sobre un sofá. La abofeteó con cierta energía. Mavick le miró, sorprendido, y Atlas sonrió, yendo hacia la segunda contrafigura de Galia, creada recientemente por los «artificiales». La destruyó de un simple golpe.

—Pegaré también a tu mujer, Mavick—advirtió a su hermano —.Ya todo el mundo que sea posible. Es la forma de estar totalmente seguros...

Mavick sonrió, asintiendo. Ahora, muchos humanos volvían a la vida. Ellos, con Atlas y Mavick, con Galia y Doria, con el propio y auténtico coronel Brauner, de la Policía, se cuidarían de avisar a la Tierra del peligro, se cuidarían de localizar y aniquilar a los «artificiales» que ya estaban mezclados con los humanos.

Cuando la invasión hubiera fracasado, los seres del lejano mundo que intentó conquistar la Tierra no repetirían su suerte. Los enanos cerebrales de otras galaxias, como su materia viviente, simple imitación de la humana materia, no tenían nada que hacer ya en el Planeta Tierra. Atlas estaba seguro de eso.

* * *

—¿Y cuando vuelvas a Júpiter, Atlas? — suspiró Galia, ya de regreso a Centroeuropa-Ciudad—. Entonces, ¿cuándo volveré a verte, querido?

—Nunca dejarás de verme, Galia. Me gusta la Tierra. Es posible que me quede... o que tú vengas a Júpiter. De cualquier modo, no creo que haya distancia capaz de separarnos ya jamás...

—Oh, Atlas... —musitó ella, inclinándose para besarle.

Y se besaron.

Mavick y su esposa Doria, entretanto, les imitaron. Exactamente igual que si ellos también comenzaran ahora su vida en común.

Y, realmente, así era. Después de la separación que había parecido definitiva, cuando ambos se sabían perdidos mutuamente..., el volver a encontrarse era como empezar de nuevo.


FiN

Best-Sellers del Oeste

Los temas más sugestivos tratados por escritores que conocen aquellas lejanas tierras y muchos de los cuales descienden de los pioneros que edificaron sobre un mundo de violencia y dureza una nueva tierra próspera.

BEST-SELLERS DEL OESTE

Las situaciones más emocionantes, al lado de las escenas más llenas de humanidad. Una humanidad a veces truculenta y primitiva, propia de una raza que tuvo que crear su propia patria a base de puñetazos y disparos.

Publicación semanal. * *Precio 15.— pesetas*



LAS
MEJORES
OBRAS
DE
LOS
MEJORES
AUTORES
EN EL TEMA
INAGOTABLE
Y SIEMPRE APASIONANTE
DEL OESTE AMERICANO

C I C L Ó N

una selección de las novelas de más calidad, escogidas entre las de sus autores preferidos.



publicación quincenal
precio 15.— pesetas.



LA MISTERIOSA LLAMADA
DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO
DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO
DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.